

EL PROGRAMA COMUNISTA

Organo del Partido Comunista Internacional

Publicación trimestral - Precio del ejemplar : 50 Pts - Francia : 4 FF - Alemania : 2,50 DM - Bélgica : 40 FB - Italia : 600 Lir. - Portugal : 25 Esc. - Suiza : 2,50FS - Estados Unidos : 0,80 Dóls. - América Latina : el equivalente de 0,40 Dóls. - Abono anual : precio de 4 ejemplares.

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO : La reivindicación de la línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921) ; la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del « socialismo en un solo país » y la contrarrevolución estaliniana ; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia ; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoralesco.

N° 22

DICIEMBRE DE 1976

EN ESTE NUMERO :

- **Desde el Líbano hasta Sudáfrica pasando por Europa :**
Las consecuencias extremas y devastadoras de la contrarrevolución staliniana
- **Las Tesls de la Izquierda :**
Introducción
El curso histórico del movimiento de clase del proletariado. Guerras y crisis oportunistas
- **Propiedad y Capital**
- **Elementos de crítica política y de apreciación histórica de la Junta de Coordinación Revolucionaria latinoamericana**

Correspondencia : Ediciones Programme - 20, rue Jean-Bouton - Paris-12^e (Francia)

Desde el Líbano hasta Sudáfrica pasando por Europa :

LAS CONSECUENCIAS EXTREMAS Y DEVASTADORAS DE LA CONTRARREVOLUCION STALINIANA

Los nietos y bisnietos de Stalin pueden dejar a *los hechos* la tarea de celebrar los "gloriosos aniversarios de su historia : los hechos más trágicamente clamorosos del año de gracia de 1976 no son más que la consecuencia *última*, el resultado *directo*, del triunfo en 1926 de la teoría y de la praxis staliniana del "socialismo en un solo país", con su reflejo inmediato en el desastre chino un año después, y del nacimiento de los frentes populares en 1936, con su reflejo inmediato en la tragedia española de los tres años siguientes.

Hace cincuenta años se sancionaba sobre el pellejo del proletariado ruso y mundial, y de la oposición de izquierda, la doctrina de la *posibilidad* de la "edificación del socialismo en un solo país" sobre la base *aún proclamada* de una revolución y de una dictadura proletarias previamente victoriosas. El año que corre ha visto sancionar el *deber* de los partidos "comunistas" de todos los países no sólo de edificar *a su manera* el socialismo, sino de *elegir* a su manera la vía para llegar a él, con tal que *excluya* la solución revolucionaria y dictatorial, y con la obligación *categorica* de una solución exclusivamente *democrática, pacífica y gradualista*. Las piedras angulares del marxismo revolucionario han sido así destruidas, y cambiadas en su contrario.

Los fedáines y en general las plebes que en el Medio Oriente, y sobre todo en el Líbano, caen bajo los golpes conjuntos de las clases dominantes locales - terratenientes y capitalistas - y de las burguesías *arribadas* de los países "hermanos" - no menos ansiosas de impedir que la lucha de independencia nacional se transforme en lucha social, y que la aspiración a una "patria" se convierta en la conquista de la tierra y en la explosión de la guerra de clase -, no son solamente las víctimas de una constelación *contingente* de fuerzas contrarrevolucionarias. Pesa sobre sus espaldas la carga inmensa de *medio siglo* de oportunismo que de dos maneras y por dos caminos los ha entregado *inermes* al canibalismo del adversario. Ante todo, destrozando las bases de un "plan mundial" según el cual las luchas de los pueblos "colonia-

les" y "semicoloniales" contra el colonialismo y contra el imperialismo debían encontrar impulso, vigor y desenlace decisivo en la guerra social empeñada en todos los frentes por el proletariado de las metrópolis imperialistas, de suerte que no sólo habrían alcanzado así el objetivo de la revolución (nacional) burguesa "empujada hasta el fondo", sino que hubieran podido hacerla "transcender" en revolución (no nacional) proletaria. El stalinismo y sus filiaciones ulteriores han *abandonado a sí mismas* las plebes del Líbano y en general del Medio Oriente, en un marco político mundial en el que cada uno se ocupa de sus propios asuntos y la llamada "solidaridad entre los pueblos" no encuentra nada mejor, para manifestarse, que la votación de mensajes que deploran o incitan, la colecta de medicamentos para... muertos y moribundos, el envío de llamamientos a esas agencias... caritativas que son las Naciones Unidas y el llamado bloque de los "países no alineados". En segundo lugar, han privado a esas mismas plebes de un partido comunista *independiente*, decidido a no ponerse a remolque de la "burguesía revolucionaria" *ni siquiera* en los momentos en que luchan al lado, y a no ceder el propio "derecho histórico" a la dirección de la revolución democrático-burguesa en favor de una burguesía dispuesta a aliarse con las fuerzas del pasado *contra* los proletarios de las ciudades y del campo : así, han ofrendado estas masas al moderatismo de jefes bomberos como Arafat y al avieso conservadorismo de "revolucionarios nacionales" como Assad, ídolos de las falsas "izquierdas" europeas, condenándolas *anticipadamente* al holocausto final.

En vísperas de una revolución como la rusa, sabiendo que era - *en lo inmediato* - burguesa, Lenin escribía : "En *todas* las revoluciones burguesas los politiqueros de la burguesía han "nutrido" el pueblo y engañado los obreros con promesas. La nuestra es una revolución burguesa y, *por consiguiente*, los obreros deben sostener la burguesía : así hablan los Potresov, los Gvozdev, los Ckheidze, como ayer hablaba Plejánov (los politiqueros burgueses y los oportunistas detrás de ellos, para traducir esos nombres en el lenguaje actual - NdR). La nuestra es una revolución burguesa, decimos nosotros, marxistas, y, *por consiguiente*, los obreros deben abrir los ojos al pueblo sobre las mistificaciones de los politiqueros burgueses, enseñarles a no creer en las palabras, a contar sólo con las *propias* fuerzas, con la *propia* organización, con la *propia* unidad, con el *propio* armamento". Como en China en 1927, los nietos y bisnietos de Stalin, en el curso de las cinco décadas siguientes, han hecho exactamente lo *contrario* : han enseñado a las masas populares a *creer* en la palabra de los politiqueros nacionalburgueses, a *sacrificar* la propia independencia política y organizativa en el altar de la unidad entre todas las clases, a *no tener* otras armas más que las que la burguesía le suministra piojosamente y *retira* enseguida, apenas se alcanza el objetivo de la "independencia nacional" o, en caso de amenaza contra el orden social constituido, *mucho antes*; a contar, no con las *propias* fuerzas, sino con la *buena voluntad ajena*, incluso la de la liga internacional de facinerosos de la ONU, y han delegado los partidos que todavía se dicen comunistas como pregoneros de este mensaje homicida - ; adjetivo que no es un artificio retórico sino una *realidad brutal*, como lo saben bien los sobrevivientes del campo de Tall-el-Zaatar!

La Internacional de Lenin sabía, como se lee en las Tesis redactadas ex profeso en 1920, que en los países coloniales y semicoloniales existen "dos movimientos que *divergen cada día más* : uno es el movimiento nacionalista democrático-burgués, que persigue el programa de la independencia política, pero manteniendo firmemente el régimen capitalista; el otro es el de la lucha de los campesinos misérrimos por la liberación de toda explotación. *El primer movimiento busca, a menudo con éxito, controlar el segundo; pero la Internacional Comunista debe combatir semejante control*", que no sería, como ella lo preveía claramente, solamente *político*, sino también *armado*, apoyándose en el ejercicio de la *violencia* primero enmascarada y después descubierta; y no se podía combatirlo sin asegurar la independencia frente a la burguesía nacionaldemocrática no sólo del partido comunista sino, gracias a su influencia, de todo el movimiento campesino y obrero, y esforzándose por conquistar *desde el inicio* la hegemonía en una revolución que *sólo* así sería empujada "hasta el fondo". Por el contrario, como en China en 1927, el "comunismo" de impronta staliniana y postaliniana ha delegado constantemente la dirección del movimiento a la burguesía naciente o a sus diversas fracciones, en las así llamadas "etapas" sucesivas de la "revolución nacional"; y hé aquí que hoy en el Líbano el "control" burgués sobre las masas proletarias y semiproletarias se convierte en *represión armada*, en un baño de sangre espantoso, no distinto de aquél en el que fueron ahogados los proletarios de Canton o de Shanghai, y los campesinos de Hupeh o de Hunan en la China de 1927.

"Es necesaria una lucha decidida contra la tentativa de recurrir con un manto comunista el movimiento de liberación nacional no efectivamente comunista de los países atrasados", decían las Tesis de 1920 de la Internacional de Lenin. El stalinismo, al avalar la atribución de un "manto socialista" al primer régimen "tercermundista" dispuesto a ponérselo, y al ratificar la concepción corriente que presenta como "socialismo" la edificación de un capitalismo nacional, con tal que introduzca una pizca de "nacionalizaciones" en la industria y de planificación en la economía, es el primer responsable de un curso histórico desastroso cuyo desemboque *extremo* está bien ejemplificado por una Siria "socialista" que interviene en el Líbano, con armas suministradas por países "socialistas" y en apoyo a los conservadores locales más aviesos, para reprimir sangrientamente la revuelta elemental de "liberación de toda explotación" de las masas campesinas, semiproletarias y proletarias, a la vez que, mientras la URSS "socialista" con sus satélites asisten pacíficamente, el imperialismo USA y su brazo derecho en el Medio Oriente, Israel, formalmente extraños a la operación, recogen integralmente sus frutos.

Las directivas impartidas por la Internacional de Lenin a los partidos comunistas de todo el mundo eran de "tender a conferir al movimiento campesino" en los países coloniales y semicoloniales en lucha por su emancipación "el carácter *más revolucionario posible*, a organizar posiblemente en soviets a los campesinos y a todos los explotados, e instaurar así *el vínculo más estrecho posible* entre el proletariado comunista de Europa Occidental y el movimiento campesino de Oriente, de las colonias y de los países atrasados". Hoy, las directivas de los nietos y bisnietos

de Stalin son de conferir al movimiento campesino en los países atrasados el carácter *menos revolucionario posible*, e, incluso si pudiesen o quisiesen constituir soviets de campesinos pobres, de obreros y de soldados, ¿qué "vínculo" podrían instaurar con un movimiento "comunista" educado en las metrópolis capitalistas occidentales en la escuela del "cada uno para sí y Dios para todos", de las vías nacionales, del policentrismo, del "socialismo" que se debe alcanzar pacíficamente a través de la democracia? ¿Qué vínculo "el más estrecho posible", cuando se ha "olvidado" que, según los Estatutos de la Primera y de la Tercera Internacional, "*la emancipación de los obreros no es un problema local ni nacional*, sino que abraza todos los países en los que existe la sociedad moderna"?

El esfuerzo de la Internacional no aún sumergida por el stalinismo estribaba en *alinear* los partidos comunistas en un único frente de batalla *anticapitalista*, del cual las masas proletarias y semiproletarias de piel negra hubiesen constituido a la vez un *destacamento mundial de vanguardia*, y aquél que debía recibir la ayuda *materal y política* más masiva en virtud de su sujeción secular a la explotación de la burguesía de piel blanca. Hoy, los proletarios de Sudáfrica y de Rhodesia (porque no nos vengan a decir los gacetilleros burgueses que las revueltas "raciales" de allí son puramente estudiantiles, y que los obreros negros no se mueven por temor de perder el puesto o de incurrir en las feroces sanciones de las leyes antihuelga : en Sudáfrica, la desocupación "negra" alcanza 25% de la población activa "de color" : ¿qué puesto puede temer perder una masa tan ingente de parados?) chocan con una policía y un ejército que se cuentan entre los más "adelantados" del mundo, y no por nada subvencionados por los caritativos países de capitalismo avanzado, *sin que* su chispa, gracias a los cordones sanitarios erigidos por el oportunismo socialdemócrata y stalinista en connivencia con las clases dominantes, pegue fuego no sólo al inmenso polvorín del proletariado blanco en las fortalezas del imperialismo, sino al propio e inmenso polvorín del proletariado negro; *sin que* la "solidaridad" mil veces proclamada de palabra por los dirigentes llamados "obrerros" vaya más allá, incluso en este caso, que las pías lágrimas de indignación y los telegramas enviados a los poderosos para que les den el gusto de socorrer a las víctimas de la contrarrevolución, o de poner punto final - ;nada menos que ellos! - a la matanza.

En perfecta coherencia con la teoría del "socialismo en un solo país" y con sus filiaciones policéntricas, se ha elevado a ideal supremo de un movimiento que todavía se dice socialista o comunista, la *no alineación*, no tanto sobre bloques imperialistas, como sobre todo tipo de principios y programas. Los Estados y los partidos representados en la conferencia de Colombo de 1976 de los países "no alineados", en los que las llamadas "izquierdas" europeas ven, en la mejor de las hipótesis, la última trinchera de un socialismo "revolucionario" desesperadamente ansioso por sobrevivir, han ofrecido el espectáculo de entidades estatales que, precisamente porque están *alineadas* todas sobre el *mismo* frente nacionalburgués, están divididas por contiendas *no sólo retóricas* - Argelia contra Marruecos, Egipto contra Libia, Estados árabes "progresistas" contra Estados árabes "conservadores" y "reaccionarios" - y por intereses económi-

cos que oponen países "ricos" y países pobres, mientras que cada uno se ladea hacia una u otra de las superpotencias, y, si alguna vez forman un bloque hacia *afuera*, lo logran sólo sobre la base de las mociones que "condenan" tal o cual imperialismo, de la invitación a practicar el embargo - ; vía ONU, si es preciso! - contra éste o aquél de los tantos *big* a los que les importa un bledo la "independencia" de los Estados menores y el código moral de la "no injerencia" en sus asuntos internos, o sobre la base de la invocación de los pedazos de papel del tratado de Helsinski, o, por último, sobre la base totalmente especuladora y mercantil, y por ende grávida de ulteriores... alineaciones y de guerras locales o generales, de la "cooperación" económica y comercial en el respeto de la soberana "equidad" de los intercambios, ; certera garantía de... paz!

Cuando, hace cuarenta años, en 1936, fue lanzado el frente popular en Francia y en España con el pretexto que, manteniendo firmemente (!) el principio de la revolución y de la dictadura proletarias, se recurría al mismo tan solo como puro medio táctico para cortar el paso al fascismo, los sobrevivientes del comunismo revolucionario restaurado por Lenin y enterrado por Stalin respondieron que de esa manera no sólo no se detendría ni el fascismo ni, como se pretendía, el curso hacia una segunda guerra imperialista - ya que, por el contrario, se los favorecería *desarmando política y materialmente a la clase obrera* - sino que, además, de escalón en escalón, se caería en nuevas ediciones de la "union sacrée" y del frente *nacional*, para liquidar por último tanto el internacionalismo como los principios de la revolución, de la dictadura y del terror proletarios, y substituirlos con la adhesión plena y total a la democracia como única vía posible hacia el socialismo, un socialismo, por añadidura, celosamente patriótico. Cuarenta años después, tenemos en el ejemplo postelectoral italiano la demostración práctica de un partido "comunista" que, por boca del nuevo presidente electo del parlamento, ese parlamento cuya *destrucción* había sido predicada por la Internacional de Lenin, se afana por revalorizarlo "acercándolo al país real", extendiendo sus poderes de control, haciendo del mismo el *faro* hacia el cual debería mirar, y el *perno* en torno al cual debería girar, un movimiento obrero llamado para que defienda el capitalismo contra la crisis y le permita salir de la misma sano y salvo con sus instituciones... beneméritas, en lugar de proteger al proletariado de las *consecuencias inmediatas* de la crisis económica general y *prepararse* a transformarla en crisis política *revolucionaria* : de un partido que, si no es aún de gobierno no por voluntad suya sino por circunstancias exteriores, lo que es sin embargo *de hecho* en una alianza *entre bastidores* con el partido de los curas y de los patronos, y tiene como norte de sus pensamientos, a la cabeza de instituciones comunales, de provincias y de regiones, como de comisiones parlamentarias y de sindicatos estrechados en un abrazo común con los herederos del sindicalismo blanco, la "salvación del país", los "sacrificios para todos" por el bien de todos, la unidad y la independencia de la Patria, la custodia de ese bien supremo que se han vuelto la democracia "en general" y la democracia "en particular", pesadillas y enemigos número uno en la época de Lenin. Y se tiene en el caso crucial español el ejemplo por excelencia de la infamia de un partido "comunista" que condena la violencia y el terroris-

mo *hasta* contra el mismísimo régimen franquista en aras de cuya derrota pretendió cuarenta años ha que se debía *transitoriamente* posponer la lucha por la revolución al triunfo de la república, y cuya desaparición *pacífica* es auspiciada hoy en el interés de la "continuidad del Estado", un partido que ensalza el "progresismo" de la Iglesia "renovada", reivindica para el Ejército un papel de primer plano "en interés de la Nación", y propone defender la *paz interna* mediante un gobierno de reconciliación de *todos* los españoles que deje expresarse a *todos* los partidos, *salvo* aquellos grupos que enarbolan en su programa la destrucción de la democracia.

A ello *se debía* llegar, partiendo de los "virajes" geniales de 1926 y de 1936 : al cenegal horrible de un conformismo respetable y cavernícola, en todos los frentes del que debería ser el teatro de la *única* guerra de clase *mundial* por la conquista revolucionaria del poder y por su ejercicio dictatorial.

Es una lección terrible. O se la aprende, o cada año que pasa nos traerá su carnicería libanesa y su matanza sudafricana junto a esas burlas que son las "victorias democráticas y parlamentarias" de las "izquierdas" en Italia, en Portugal o en otros lados, o de la instauración de "gobiernos obreros" compuestos por los peores elementos de la prostitución frente al altar del orden constituido. Nuestra voz, lo sabemos, no puede ir más allá de un microscópico destacamento de proletarios que han permanecido fieles a la doctrina revolucionaria marxista única e invariable. No es la primera vez que ello sucede en la historia del movimiento obrero. Pero es solamente sobre la huella de una continuidad ininterrumpida y rabiosamente defendida de esa doctrina, y con la militancia práctica fundada en la misma, que la capa de plomo que pesa sobre los proletarios, semiproletarios y campesinos pobres de todo el mundo, podrá ser quebrantada. Pocos o muchos (y no ignoramos que somos poquísimos, y tampoco ilusionamos de lo contrario a quien nos sigue o nos lee) no dejaremos de levantar *aquella* voz, luchando por "defender en el presente", en los carriles de las lecciones del pasado, "el futuro revolucionario del movimiento" obrero y comunista.

LAS TESIS DE LA IZQUIERDA

INTRODUCCION

El texto que presentamos aquí, publicado en el nº6 de marzo-abril de 1947 de nuestra revista *Prometeo*, pero escrito poco antes del fin de la segunda matanza imperialista, es el prolongamiento natural de las *Tesis de la Izquierda* publicadas en el último número de esta revista (1), y constituye un vasto cuadro, aun si forzosamente sintético, del desarrollo del movimiento proletario desde su fase embrional hasta su "constitución en partido", y de todo el largo y accidentado camino ulterior, desde las primeras luchas insurreccionales, a la caída en el precipicio del oportunismo, a la impetuosa reacción que culmina con la Tercera Internacional, y a la oleada contrarrevolucionaria que, a partir de 1926 y con el triunfo del stalinismo, lo ha disgregado y dispersado de manera y en formas que vuelven tanto más difícil y penoso su renacimiento.

No es casual que el fenómeno de las reiteradas crisis oportunistas del movimiento obrero sea en el texto ligado al fenómeno de la guerra. El oportunismo, que no es un hecho moral sino social e histórico, y representa no sólo uno de los aspectos, sino el arma principal de la defensa de la burguesía contra el asalto revolucionario del proletariado, al igual que hunde sus raíces materiales en el imperialismo así estalla con toda su virulencia ante la manifestación más clamorosa y terrorífica de éste último: el conflicto entre Estados, sobre todo si es mundial. Es entonces, de hecho, que el oportunismo no sólo es llamado por la clase dominante para desempeñar hasta el fondo su papel de amortiguador de los antagonismos de clase, y de correa de transmisión de la ideología y, por consiguiente, de los intereses de la burguesía en medio del proletariado, si no puede apoyarse en los instintos elementales de "defensa", en el peso de inercias tradicionales, en el conservadurismo de estratos de aristocracia obrera amoldados en la convicción

(1) Se trata de: "*El asalto de la duda revisionista a los fundamentos de la teoría revolucionaria marxista*", "*El ciclo histórico de la economía capitalista*" y "*El ciclo histórico de la dominación política de la burguesía*".

- alimentada largo tiempo por la propaganda adversa y por los propios incentivos materiales ofrecidos por la explotación de los pueblos coloniales y por el movimiento vertiginoso de la acumulación capitalista - de "tener algo que perder" en el derrumbe militar del "propio país" y por lo tanto de *deber* hacer *causa común* con el sistema - la "Patria", la Nación, la Civilización - amenazado, en lugar de *atacarlo*, en el momento del peligro. Si, por consiguiente, la aparición de la infección oportunista precede por doquier la primera y, después de los años gloriosos de 1918-1923, la segunda guerra mundial, han sido ellas las que las han vuelto *aguda* y, de manera y en grado diversos, *ruinosa*. Es en agosto de 1914 que se desmorona de golpe la II Internacional; es en el choque con la carnicería de 1939-1945 que el stalinismo se deshace incluso de la *última máscara* y, mucho más cínico y asesino que la vieja socialdemocracia, se revela como el agente de la famosa "union sacrée" *no solamente* por toda la duración de la guerra, sino por el período de la reconstrucción posbélica, haciéndose el heraldo de la unidad nacional y de la democracia, y volviendo posible así *sin sobresaltos sociales dignos de relieve* una "paz" armada bajo el dominio de las máximas centrales imperialistas del planeta, una paz digna de la que nosotros llamáramos la "derrota militar pero la victoria política" del totalitarismo fascista.

Si, pues, el movimiento obrero debe renacer (y nosotros tenemos la certeza científica de que renacerá) como fuerza independiente y *por ende* revolucionaria, no es sólo necesario que se despoje de toda "nostalgia" por un régimen por lo demás sólo en apariencia liberal, tolerante y democrático, que ha sido irremediablemente sepultado por el propio desarrollo del modo de producción capitalista, y, recogiendo el desafío que le ha lanzado la burguesía, combata por la revolución y la dictadura *totalitarias* de la propia clase, sino es necesario que, retomando el hilo de un internacionalismo inseparable de sus perspectivas de emancipación, rechace el enorme engaño que periódicamente se perpetra sobre sus espaldas haciendo relampaguear a sus ojos la posibilidad de que su destino dependa del triunfo de una u otra coalición de guerra imperialista, y reconozca "que la historia sólo ofrece una vía para eliminar todas las explotaciones, todas las tiranías y las opresiones, y es la vía de la acción revolucionaria de clase, que en todo país, dominador o vasallo, alinie las clases de los trabajadores contra la burguesía local, con completa autonomía de pensamiento, de organización, de comportamiento político y de acciones de combate, y por sobre las fronteras de todos los países, en paz y en guerra, en situaciones consideradas normales o excepcionales, previstas o imprevistas por los esquemas filisteos del oportunismo traidor, una *las fuerzas de los trabajadores de todo el mundo en un organismo unitario, cuya acción no se detenga hasta el completo aniquilamiento de las instituciones del capitalismo*".

La dura realidad de la historia de los últimos treinta años sucesivos a la segunda guerra "por la libertad y por la paz" constituye la sangrienta confirmación de ello.

*EL CURSO HISTORICO DEL MOVIMIENTO DE CLASE DEL PROLETARIADO.
GUERRAS Y CRISIS OPORTUNISTAS*

Las primeras manifestaciones de una actividad de clase del proletariado acompañan desde su inicio la llegada del régimen burgués. Inmediatamente después de haber ofrecido al Tercer Estado revolucionario todo su apoyo y su alianza, el Cuarto Estado, es decir, la clase de los trabajadores, intenta ir más allá, esperando el cumplimiento inmediato de las promesas que la joven burguesía ha prodigado a sus aliados. Se producen enseguida los primeros choques, y el mismo aparato terrorista que la burguesía ha empleado para reprimir la contrarrevolución feudal, es prontamente dirigido contra las tentativas de los obreros. En la Revolución Francesa, este aspecto histórico es dado por la Liga de los Iguales de Graco Babeuf, que intenta, inmediatamente después del Terror, un movimiento por la igualdad económica y social, que es ahogado por una despiadada represión del Estado burgués.

El aspecto de clase es todavía muy confuso en estos primeros movimientos. Durante varias décadas aún, los primeros conflictos económicos entre patronos de fábricas y asalariados, que conducen en Inglaterra, en Francia y en otros países incluso a choques sangrientos, se presentan como fenómenos históricos independientes de las primeras enunciaciones de sistemas socialistas y comunistas, en los cuales es bosquejada una crítica de la sociedad que surge de la revolución política burguesa y las reivindicaciones de un nuevo orden social que suprima la disparidad económica.

Los teóricos de estas primeras formulaciones no piensan en confiar a las mismas masas sacrificadas la tarea de suprimir la injusticia económica. Ellos continúan a pensar y obrar en la huella metafísica del Iluminismo, y esperan persuadir a una vaga ciencia política y moral colectiva, a las mismas clases dirigentes, a los jefes del Estado, a los monarcas.

A pesar de condenar lo odioso de la explotación capitalista, la ausencia de sentido histórico y científico de estas primeras aspiraciones socialistas llega hasta la apología de las formas reaccionarias y feudales caducas. En sistemas más modernos, pero

siempre incompletos e inadecuados, los primeros socialistas aceptan todos los postulados y los resultados de la revolución burguesa democrática, y le buscan afanosamente un desarrollo histórico continuo en la que puedan injertarse las ulteriores reivindicaciones capaces de reducir la enorme y creciente distancia económica entre las clases privilegiadas patronales y la de los trabajadores sin reservas.

Junto a los dos fundamentos de la concepción materialista de la historia y de la teoría económica de la plusvalía, una de las características esenciales de la nueva doctrina del movimiento proletario, tal como es proclamada por el *Manifiesto de los Comunistas* de Marx y Engels en 1848, es la superación crítica de toda forma de utopismo. La aspiración a la sociedad comunista no aparece ya como un proyecto de sociedad futura que deba prevalecer por las adhesiones que recogen la equidad y la perfección de su trazado, sino que se vuelve el contenido mismo y el desarrollo último de la incesante lucha de clase entre capitalistas y trabajadores, que acompaña en todo su desarrollo histórico al régimen burgués. La llegada del socialismo no es un complemento de la democracia liberal ni la integra, sino una nueva fase histórica que la niega dialécticamente, y que la sucede únicamente a través del acmé insurreccional del conflicto de clase.

Mientras son establecidas así las bases de la teoría comunista, en todo el mundo capitalista se destaca el movimiento del proletariado. El trabajador aislado, al que la conquistada libertad de vender sus brazos y el ambiente jurídico y psicológico individualista creado por la revolución burguesa no le dejan otra alternativa a la supina aceptación de las condiciones patronales que la muerte por indigencia, reacciona contra esta inferioridad usando en la práctica, y aún antes de ser teóricamente consciente de ella, un arma nueva : la asociación económica. El mundo de la libertad individual ilimitada, que económicamente equivale a la facultad de competencia desenfrenada por la que el patronato tiene todas las cartas en la mano para reemplazar por un nuevo hambriento aquél que rechace las condiciones de empleo, va siendo substituido por un mundo nuevo : el de la organización sindical que trata colectivamente las condiciones de trabajo para todos sus miembros, y que obra tanto más eficazmente cuanto mayor es el número de los asalariados que consigue encuadrar.

Al principio, el sistema teórico del derecho burgués liberal rechaza esta nueva forma pues su tendencia consiste en no admitir entre el individuo y el Estado otro aparato que el del mecanismo de representación electoral, que no se presta a transformarse en arma de la acción autónoma de clase. Así, pues, la burguesía, en su primera fase, condena la organización económica de los trabajadores, veda con sus leyes las huelgas, y las rechaza con su policía.

Pero muy pronto, con el paso a la segunda fase aparentemente pacífica del liberalismo, la burguesía se da cuenta que tiene interés en consentir la legalización de la organización económica de los trabajadores. Cuando la misma está prohibida con medios de Estado, el proletariado es impulsado más directamente a la lucha política, y la formación de su conciencia de clase se acelera; y ello vuelve evidente que las conquistas sindicales, si bien sirven para mejorar momentáneamente el trato que soportan los trabajadores, no

resuelven el problema social si no se afronta la fuerza dominante del poder político y del Estado.

Desde entonces, está muy claro que el partido político de la clase obrera debe apoyarse en todas las agitaciones económicas de los trabajadores a fin de establecer una mayor solidaridad entre las distintas categorías profesionales, entre los trabajadores de las diversas ciudades y naciones, transformando el movimiento en un esfuerzo general de todas las clases obreras contra las piedras angulares de las instituciones capitalistas, e induciendo a los obreros a preocuparse de las relaciones generales de toda la economía y de toda la política nacional y mundial.

El paso de las agitaciones económicas aisladas y locales al movimiento político general del proletariado se presenta como una extensión de la base del movimiento en el espacio, más allá de los límites de fronteras, y como una extensión de su proceso en el tiempo, dándose por objetivo las realizaciones que están al final de todo el ciclo del movimiento de la clase proletaria dentro y contra el mundo burgués. Dicha tarea es realizada por la I Internacional de los Trabajadores, que todavía no puede dejar de encontrar múltiples obstáculos por la inmadurez de las condiciones históricas generales.

La perspectiva de llevar a cabo la primera revolución en el curso mismo de la tercera gran revolución burguesa, en la Alemania de 1848, se resolvió en una derrota de las fuerzas proletarias, contemporánea de la sufrida en otros países, y particularmente en Francia. Ello pone al movimiento de clase ante dificultades e incertidumbres doctrinales y organizativas, por su interferencia con influencias burguesas que se manifiestan sea en tendencias pseudosocialistas vagamente iluministas y humanitarias, sea en los éxitos del movimiento anárquico que, desde el primer momento, se opone como antítesis al comunista marxista. Al querer suprimir en una sola gran jornada de la guerra de clase a Dios, al patrón y al Estado, el anarquismo presenta una solución aparentemente más radical del problema de la revolución. A tal concepción (que es importante por el hecho de concebir como meta una sociedad sin explotación económica, y por ende sin poder estatal, exactamente como la concibe el comunismo) le falta en realidad la justa valoración histórica del proceso propia del marxismo, según la cual el derrocamiento del poder político de la burguesía y la construcción de un Estado político del proletariado son los únicos medios reales que hacen posible la destrucción del privilegio económico capitalista; y únicamente los proletarios, encuadrados en su consciente movimiento político de partido, pueden ser los protagonistas de la batalla. El anarquismo, por el contrario, presenta sus postulados como reivindicaciones metafísicas del Hombre en cuanto tal; considera que las fases históricas que condicionan el proceso ulterior son sólo arbitrarias imposiciones a una natural libertad e igualdad ínsitas en el individuo; y, en último análisis, a pesar de la prédica del empleo de los medios de la lucha armada, recae en la esterilidad de sistemas ideológicos burgueses.

Si se considera el proceso internacionalmente y en sus grandes rasgos, el movimiento internacionalista sale de la crisis representada por la lucha entre Marx y Bakunin casi en la fase culminante del segundo estadio del ciclo político burgués, o sea,

cuando el capitalismo, ya a salvo del peligro de restauraciones feudales, y aún no amenazado seriamente por la revolución proletaria, pone políticamente en práctica, y a fondo, el régimen democrático-parlamentario. Durante algunos decenios, el capitalismo parece alejado de grandes conflictos militares de alcance europeo y mundial.

En esta fase, el movimiento proletario reorganizado en la II Internacional, basado en el florecimiento en todos los países de vastas organizaciones sindicales y de grandes partidos socialistas con amplias representaciones parlamentarias, a pesar de proclamar su ortodoxia teórica respecto a los dictámenes marxistas, se orienta progresivamente hacia nuevas concepciones revisionistas, que, casi insensiblemente, conducen en realidad al abandono de aquella ortodoxia.

El revisionismo en el sentido reformista desarrolla la doctrina de que el capitalismo tendrá, sí, que ceder el lugar a la economía socialista, pero que la transformación no comporta necesariamente la catástrofe revolucionaria y el choque armado entre las clases. Según esta concepción, el Estado burgués puede ser progresivamente embebido de influencia proletaria, de modo de transformar el carácter de la organización económica con sucesivas medidas legales y reformas sociales. Debe darse pues la máxima importancia a las conquistas sindicales cotidianas, y, por otra parte, a la legislación social suscitada por las cada vez más numerosas representaciones socialistas en los parlamentos burgueses. El ala derecha de esta corriente, bien que contra la resistencia de la mejor parte de los socialistas, propone abiertamente la alianza con partidos burgueses de izquierda en las elecciones, e incluso la participación con ministros socialistas en los gobiernos burgueses (posibilismo).

Otra corriente revisionista, el sindicalismo revolucionario, parece reaccionar contra el revisionismo reformista, por cuanto proclama, contra el método de la colaboración sindical y parlamentaria, el de la acción directa, y sobre todo el de la huelga general, que debería llegar hasta la expropiación de los capitalistas. Pero, en realidad, también este último pierde la justa vía revolucionaria, sea porque nace de tendencias neoidealistas o voluntaristas burguesas, sea porque cree erróneamente que la organización económica sola pueda llevar a término toda la función de la lucha de emancipación del proletariado, sustituyendo a la fórmula marxista "El partido político obrero de clase y la dictadura del proletariado contra el Estado de la burguesía" con la fórmula "El sindicato contra el Estado". Las degeneraciones reformistas habían conducido la llamada izquierda sindicalista a confundir acción política con acción electoral y parlamentaria, mientras que la acción del combate revolucionario debe ser considerada como la fórmula históricamente típica de la acción política desarrollada por medio del partido.

En tal situación, y con la oposición en todos los países de los socialistas marxistas revolucionarios que permanecieron coherentes con la doctrina política fundamental del proletariado, la II Internacional se encontró de frente a los problemas del imperialismo montante y de la guerra por los mercados.

En la primera guerra mundial, como desgraciadamente los revo-

lucionarios desilusionados tuvieron que reconocer conviniendo con los reaccionarios burgueses triunfantes, fracasó el plan político de la II Internacional, para la cual el estallido de la guerra entre los Estados debía ser acogido como el mejor momento para la insurrección de clase en todos los países y el asalto al poder de la burguesía. En vez de ello, los partidos socialistas adhirieron en casi todas partes a la política de sus respectivos Estados, sustituyendo la lucha de clase por la solidaridad nacional.

El proletariado, que según el *Manifiesto de los Comunistas* no tenía que perder más que sus cadenas, había descubierto tener, según las declaraciones de sus dirigentes, muchos patrimonios que salvar : la libertad y la independencia de la patria, y el contenido democrático de la revolución burguesa, en consonancia con la concepción propagada por la clase dominante en el curso de la movilización ideológica de las masas, paralela a la movilización de sus brazos para la guerra. Un imaginario fantasma había surgido en el mundo, amenazando estas conquistas preciosas : era el retorno de una Edad Media despótica, absolutista, teocrática, feudal, encarnada en los regímenes de los Imperios Alemanes. La teoría que reducía los móviles de la acción y de la política proletarias a este supuesto peligro, falsificando así toda valoración marxista de la historia contemporánea, tuvo éxito aún en Italia, donde estuvo representada por el movimiento intervencionista que apoyó la participación en la guerra al lado de los Aliados, y fue capitaneada por el mismo hombre que después estará a la cabeza del régimen fascista.

En el seno del movimiento proletario, la reacción ante este desastre teórico, organizativo y político, estuvo representada por las fuerzas que fundaron la Tercera Internacional, agrupándose en torno del partido revolucionario de Lenin, que conquistó en Rusia la primera victoria del proletariado en la lucha por el poder en un gran país.

A veinte años de distancia, y en presencia de la segunda de las grandes guerras imperialistas, la presentación de la situación mundial, realizada con medios aún más imponentes a fin de aprisionar la ideología de las clases proletarias, ha sido perfectamente análoga a la de la primera guerra mundial. También esta vez, la propaganda del imperialismo capitalista ha trabajado en ambos lados del frente para construir un espejismo artificial, en cuyo nombre la clase obrera de cada país habría debido desistir de toda idea de batalla social, y unir sus fuerzas a las de los Estados dominantes en nombre de la solidaridad nacional.

Tanto los fascistas y nazis como los demócratas del campo opuesto han combatido en substancia bajo la misma consigna : concepto de pueblo en lugar del de clase, combinación política de todos los partidos nacionales en la guerra y para el esfuerzo de guerra. En Italia, en substancia, la misma consigna es lanzada desde todas las tribunas a las masas expectantes, antes y después del 25 de Julio de 1943, de una y otra parte del frente móvil que distinguía a las dos Italias : unidad nacional, unión de todas las clases, guerra y victoria.

En cuanto a la zona en la que de hecho nos hallamos (2), el fantasma de 1914 ha sido reconstruido con mayor habilidad y con los más potentes recursos que los medios técnicos han suministrado a la propaganda. En lugar de Guillermo II, representado en colores por los mussolinianos de entonces, hoy están el Eje nazifascista y las grotescas figuras del mismo Mussolini, en una nueva edición, y del dictador Hitler, cuyas crisis psiquiátricas habrían llegado a ser los motores de la historia, en lugar de los contrastes de los intereses económicos y de los privilegios sociales.

El proletariado mundial no tendría otro deber más que el de alistarse todo en una de las dos partes del frente. En ésta debe ser soldado disciplinado, en aquélla un revolucionario derrotista; y, como es obvio, el instrumental propagandístico se encuentra exactamente invertido en el frente opuesto.

El problema tiene un alcance formidable, pero debe afirmarse con certeza que la restauración de la orientación política del proletariado exige destrozarse despiadadamente este gigantesco andamiaje de falsificaciones.

La única alternativa está entre la tesis que sostiene que la defensa de una serie de conquistas amenazadas por el fantasma de la reacción fascista es patrimonio común de todos los hombres modernos de cualquier condición social, y que ese peligro justifica dar de lado a toda revolución y lucha de clase, y el sistema de tesis sobre el que repetidas veces se edificó, se encuadró y se lanzó en la acción histórica el movimiento de emancipación del proletariado. Si este movimiento puede aún reconstruirse y prepararse a nuevas batallas, sólo puede hacerlo liberándose, nacional e internacionalmente, de los esquemas de las doctrinas de solidaridad clasista construidas por una parte con las místicas y las teologías de la patria y de la raza, y por la otra con las del liberalismo a uso interno y externo, de las que serían depositarios por tradición de honradez y de *gentilhomme* política ciertos países del mundo capitalista.

Así como la III Internacional fue fundada por Lenin y conducida a la gran victoria revolucionaria en Rusia partiendo de la crítica del oportunismo socialdemócrata y socialpatriota que había determinado la bancarrota de la II, el primer paso hacia el resurgir de la Internacional revolucionaria del proletariado es la crítica al neo-oportunismo en el que ha caído la III Internacional misma hasta llegar a su liquidación, incluso oficial. El fenómeno resulta aún más imponente por su gravedad y su extensión en la crisis actual del movimiento proletario que ha acompañado a la segunda gran guerra mundial.

En los años 1914-1919, con la palabra "oportunismo" no se quiso expresar un simple juicio moral sobre la traición de los dirigentes del movimiento revolucionario, que, en el momento decisivo, se revelaron como agentes de la burguesía, difundiendo consignas diametralmente opuestas a las de la propaganda que habían desarrollado durante años. El oportunismo es un hecho histórico y social,

(2) Se trata de la zona de Italia ocupada por los Aliados en el momento de ser escrito el texto.

es uno de los aspectos de la defensa de la burguesía contra la revolución proletaria; más aún, puede decirse que el oportunismo de las jerarquías proletarias es el arma más importante de esta defensa, así como el fascismo es el arma principal de la conexas contraofensiva burguesa; por ello, los dos medios de lucha se integran con el mismo objetivo común.

Desde que en su estadio imperialista el capitalismo procura dominar sus contradicciones económicas con una red central de control, y coordinar con un hipertrófico aparato estatal el control de todos los hechos sociales y políticos, para ello modifica su acción con respecto a las organizaciones obreras. Al principio, la burguesía las había condenado; más tarde, las había autorizado y dejado crecer; en este tercer período, la burguesía comprende que no puede ni suprimirlas ni dejarlas desarrollarse autónomamente, y se propone encuadrarlas sea como sea en su aparato de Estado, en aquel aparato que era exclusivamente político a principios del ciclo y que llega a ser, en la época del imperialismo, político y económico al mismo tiempo: el Estado de los capitalistas y de los patrones se transforma en Estado-capitalista y Estado-patrón. En esta vasta estructura burocrática se crean puestos de dorada prisión para los dirigentes del movimiento proletario. A través de las mil formas del arbitraje social, de institutos asistenciales, de instituciones con una aparente función de equilibrio entre las clases, los dirigentes del movimiento obrero cesan de apoyarse sobre sus fuerzas autónomas, y van a ser absorbidos en la burocracia del Estado.

Como es comprensible, esta jerarquía, mientras adopta demagógicamente el lenguaje de la acción de clase y el de las reivindicaciones proletarias, se vuelve impotente para conducir cualquier acción que se oponga al aparato del poder burgués.

La característica del oportunismo está dada por el hecho de que en los momentos críticos de la sociedad burguesa, que precisamente eran aquéllos en los que se pensaba lanzar las consignas para las acciones supremas del proletariado, los órganos directivos de la clase obrera "descubren" que, por el contrario, hay que luchar por otros objetivos, que ya no son aquéllos de clase, y que hacen necesaria una coalición entre las fuerzas de clase del proletariado y una parte de las burguesas.

Puesto que la conciencia política de los trabajadores reposa sobre todo en el vigor y en la continuidad de acción de su partido de clase, cuando imprevistamente los dirigentes, los propagandistas y la prensa de éste, ante el irrumpir de situaciones decisivas, hablan el inesperado lenguaje que les es inspirado por la exitosa maniobra burguesa de conseguir la movilización del oportunismo, provocan la desorientación de las masas y el fracaso casi seguro de todo intento de acción independiente.

Cuando el oportunismo de la II Internacional, abriendo así un verdadero abismo bajo los pies del proletariado en marcha, "descubrió" que los objetivos del socialismo debían ser dejados de lado, y que se debía ir a combatir por los de la independencia nacional o la democracia occidental (en Alemania se trataba de luchar por la cultura y la civilización contra la reacción zarista y asiática...), los jefes oportunistas afirmaron no obstante que se trataba solamente de conceder a la burguesía una tregua momentánea, y

que, terminada la guerra, la lucha de clase y el internacionalismo habrían vuelto a gozar de sus prerrogativas. La historia mostró la falsedad de tal promesa : cuando el proletariado en Rusia - victoriosamente - y en otros países pasó a la lucha contra el poder burgués, el andamiaje de las jerarquías oportunistas socialdemócratas se unió a los burgueses más reaccionarios en el intento de derrotar a la revolución.

En el período de la segunda guerra mundial, el oportunismo que se ha impuesto en las filas de la III Internacional - cuyo proceso histórico debe ser estudiado de preferencia en relación con el proceso que se ha desarrollado en Rusia desde 1917 hasta hoy día - ha dado una consigna aún más derrotista que la del clásico oportunismo destrozado por Lenin. Según el plan de los nuevos oportunistas, la burguesía obtendrá una tregua de toda lucha de clase, más aún, una directa colaboración en los gobiernos nacionales como en la construcción de nuevos organismos internacionales, no sólo durante todo el curso de la guerra hasta la derrota del monstruo fascista, sino para todo un período histórico sucesivo, del cual no se entrevé el fin, durante el cual el proletariado mundial debería vigilar, en pandilla con todos los organismos del orden constituido, que el peligro fascista no resurja, y colaborar en la reconstrucción del mundo capitalista devastado por la guerra (entiéndase : la guerra del Eje). Así, pues, el oportunismo ni siquiera promete retornar después de la guerra a la autonomía de la acción de clase de los trabajadores.

Esta colaboración de las fuerzas del trabajo en la reconstrucción de la acumulación capitalista arrasada por la trágica guerra, no es otra cosa que la más feroz sumisión de las fuerzas del trabajo a una doble extorsión : la que genera la ganancia normal de la patronal, y la que irá a reconstruir el colosal valor del capital destruido. Para las fuerzas dominadas, esta fase será más onerosa, bajo otras formas, que la sangrienta guerra, y el nuevo organismo internacional al que se quiere asegurar la colaboración proletaria, con el pretexto de garantizar la seguridad y la paz, será el primer ejemplo de una estructura conservadora mundial con miras a perpetuar la opresión económica y a destrozarse todo conato revolucionario.

En la construcción del programa político del partido comunista internacionalista, que cumpla con la misma tarea que tuvieron los grupos que dentro de la II Internacional lucharon contra el oportunismo en los años 1914-1919, deberán precisarse, como puntos fundamentales de una plataforma de doctrina, de organización y de batalla, los juicios y las posiciones ante todos estos fenómenos que dominan el mundo moderno. El viraje histórico que atravesamos hace que esta precisión sea totalmente coherente con la tradición del marxismo revolucionario.

Es un proceso histórico normal el que la clase burguesa consiga hacer combatir a la clase trabajadora por la realización de sus postulados, no sólo cuando estos tienen un valor histórico revolucionario (como en la Francia del 89, en la Alemania del 48, en la Rusia de 1905 y del Febrero de 1917) sino también cuando se trata de otros momentos menos decisivos del devenir capitalista. Apenas las falanges proletarias han cumplido su tarea de potentes aliados, y en el impulso de los hechos intentan jugar un papel autónomo, la

burguesía, sin tener que sustituir las formaciones políticas que emplean sus ideologías de izquierda, emplea el poder estatal firmemente conquistado para combatir y disolver con la violencia las formaciones proletarias (como en Francia en 1848 y en 1871, en Alemania en 1918, en Rusia, siendo aquí derrotada por vez primera, de 1917 a 1920).

El partido de clase del proletariado debe prever que aun al término de esta guerra, tras los vastos éxitos de la clamorosa invitación a echar una mano a la burguesía de los países aliados en la lucha contra el fascismo (invitación a la que han respondido no sólo los jefes oportunistas del movimiento obrero en todos los países, sino también grupos generosos y engañados de combatientes obreros en el maquis) seguirá una represión no menos enérgica que la fascista - como ya ha acaecido en muchos de los llamados países liberados - contra las tentativas de estos organismos irregulares armados de realizar objetivos propios y autónomos y de mantener localmente el poder conquistado en combate contra el ejército alemán y los fascistas.

El mismo movimiento de organización económica del proletariado será aprisionado, exactamente con el mismo método inaugurado por el fascismo, es decir, con la tendencia al recocimiento jurídico de los sindicatos, lo que significa su transformación en órganos del Estado burgués. Estará claro que el plan para vaciar el movimiento obrero, propio del revisionismo reformista (laborismo en Inglaterra, economismo en Rusia, sindicalismo puro en Francia, sindicalismo reformista a la Cabrini-Bonomi y más tarde Rigola-D'Aragona en Italia) coincide en substancia con el del sindicalismo fascista, el del corporativismo de Mussolini, y el del nacional-socialismo de Hitler. La única diferencia está en que el primer método corresponde a una fase en la que la burguesía piensa únicamente en la defensiva contra el peligro revolucionario, y el segundo a la fase en la que, por el incremento de la presión proletaria, la burguesía pasa a la ofensiva. En ninguno de ambos casos ella confiesa hacer obra de clase, sino que proclama siempre querer respetar la satisfacción de ciertas exigencias económicas de los trabajadores y realizar una colaboración entre las clases.

Puesto que la segunda situación, la de la contraofensiva fascista (que, al pasar a su abierta y violenta demolición, acelera la insidiosa absorción oportunista del movimiento obrero entre los viscosos tentáculos del pulpo estatal), se verifica generalmente en los países derrotados o duramente afectados por la guerra, esta vez la coalición contrarrevolucionaria mundial se cuidará bien de abandonar sin control los territorios de los países vencidos, instaurará una guardia de clase internacional, permitirá únicamente organizaciones controladas y administradas, y vigilará, como se anuncia, por muchos años, no para impedir las pretendidas distaduras de derechas, sino cualquier forma de agitación social.

Serán controlados así no sólo los países vencidos, sino también los mismos países aliados liberados de la ocupación enemiga. Es más, se ejercerá la dictadura de los grandes complejos estatales. Los Estados menores caerán en un régimen colonial, no tendrán una economía susceptible de vida propia, ni autonomía de administración y de política interna, y mucho menos aún fuerzas militares apreciables susceptibles de libre empleo.

En Europa ya se dió una situación análoga, aunque menos acentuada, entre las dos guerras, después de la paz de Versalles, inspirada en el clamoroso engaño de las hipócritas ideologías wilsonianas. En las tesis comunistas de aquel tiempo, se habló de opresión nacional y colonial, paralela a la opresión de clase que el imperialismo ejercía en las metrópolis. Hoy día, con los EE.UU. que no simulan más su aislamiento, sino que intervienen en tiempos de paz no menos que en tiempos de guerra en los asuntos de todos los continentes, será más adecuado hablar de una opresión *estatal*, de un vasallaje de los pequeños Estados burgueses con respecto a los grandes y pocos monstruos estatales imperiales, así como vasallos de estos son los terratenientes y los neocapitalistas en los países de los pueblos de color.

En vez de un mundo de libertad, la guerra habrá portado consigo un mundo de mayor opresión. Cuando el nuevo sistema fascista, aportación de la más reciente fase imperialista de la economía burguesa, lanzó una amenaza política y un desafío militar a los países en que la rancia mentira liberal aún podía circular como supervivencia de una fase histórica superada, dicho desafío no dejaba al agonizante liberalismo ninguna alternativa favorable : o los Estados fascistas ganaban la guerra, o la ganaban sus adversarios, pero a condición de adoptar la metodología política del fascismo. No se trató de un conflicto entre dos ideologías o concepciones de la vida social, sino del necesario proceso de llegada de la nueva forma del mundo burgués, más acentuada, más totalitaria, más autoritaria, más decidida a todo esfuerzo por la conservación y contra la revolución.

El movimiento de la clase obrera que había reaccionado insuficientemente ante las sugerencias de la propaganda burguesa movilizadas en pleno para presentar la primera guerra mundial imperialista en el falso esquema del conflicto entre dos ideologías y dos diversos destinos del mundo moderno, ha caído tan y aún más gravemente en ambos lados del frente bajo la propaganda análoga de la presentación ideológica de la guerra actual. Es indispensable para el destino futuro de la Internacional revolucionaria que sea restaurada la posición crítica proletaria sobre el significado de la guerra.

Los Estados militares no entran en conflicto para imponer al mundo regímenes sociales y políticos similares a los que rigen en su interior. Tal concepción es voluntarista y teleológica : si fuese aceptable, el método marxista debería ser desechado. Según la interpretación materialista y clasista, la guerra es indudablemente una resultante de causas sociales, y sus éxitos militares se insertan como factores de primer orden en el proceso de transformación de la sociedad internacional. Pero ha renegado el marxismo quien cree que las guerras se pueden explicar con el mísero bagaje teórico que las representa como cruzadas.

Las guerras no son decididas por la ferocidad o la ambición de jefes y emperadores; por lo menos, hay que elegir entre esta explicación de la historia y la de los marxistas, que le es radicalmente opuesta.

Muchas de las guerras que precedieron la fase del modernísimo imperialismo sirvieron para acelerar el desarrollo revolucionario de la época burguesa, como ocurrió sobre todo entre 1848 y 1878. Pero incluso en las mismas guerras de la era napoleónica el esquema filosófico-ideológico explicativo fracasó estrepitosamente.

Inglaterra, que había precedido casi dos siglos a Francia en el camino de la revolución capitalista, se volvió crisol de coaliciones en contra de la Revolución Francesa, junto a las potencias feudales y absolutistas de Prusia, de Austria y de Rusia. La explicación de esta alineación de fuerzas debe ser buscada en el particular interés del capitalismo inglés por explotar la posición estratégica de sus metrópolis para la conservación del ya preponderante imperio colonial mundial, evitando toda constitución de un Estado hegemónico en el continente.

Si el sofisma ideológico falla en explicar la alineación militar de los Estados, no resulta menos falaz cuando se trata de aclarar las consecuencias de la victoria de los coalizados sobre Francia, a pesar de la cual las direcciones sociales y políticas del ordenamiento burgués prevalecieron en el país vencido y en los vencedores.

Franceses bonapartistas y alemanes prusianos proclamaban igualmente ser los combatientes de la civilización y la libertad. Vencieran los unos o los otros, era el inexorable devenir capitalista el que avanzaba. En la explicación de este traspaso histórico se revela la supremacía del método social y clasista del marxismo, fundamentalmente inconciliable con el vulgar, escolástico y fariseo del "cruzadismo".

La Inglaterra burguesa e imperial pudo asistir como neutral al conflicto de 1859, y también al de 1870, que la Internacional de Marx - aun pudiendo elevarse poco después a la clásica interpretación del juego de las fuerzas de clase presentes en el acontecimiento histórico de la Comuna parisina - definió alternativamente como guerra de progreso contra el bonapartismo y como guerra de opresión del bismarkismo. De hecho, el capitalismo inglés vigilaba entonces que la Francia napoleónica no llegase a ser un centro imperial demasiado amenazador.

En la primera guerra mundial, habiendo crecido el potencial económico del capitalismo alemán de un modo imprevisible, los burgueses de Francia e Inglaterra movilizan desenfrenadamente, contra el nuevo peligro, las mentiras de la retórica liberal democrática.

Lo mismo hacen en la segunda guerra mundial los adversarios de Alemania, escamoteando bajo el peso alucinante de la charlatanería propagandística las bases reales del conflicto, y volviendo a movilizar aquel andamiaje de argumentos que, siendo históricamente ya más que rancio, no puede ser mejor definido que con el término de "mussolinismo".

Por su parte, los regímenes del Eje planteaban su tan ostensiva campaña contra las llamadas "plutocracias" basándose en una relación real, marxísticamente exacta y plenamente diagnosticada por Lenin en el "Imperialismo", es decir, en la estridente desproporción entre la densidad de las poblaciones metropolitanas y la ex-

tensión de los imperios coloniales, la que hacía que Alemania, Japón e Italia presentasen condiciones sociales antinómicas con respecto a las de Francia, Inglaterra, EE.UU., e incluso Rusia; pero revelaron, sea en la conducción de guerra, sea en la misma contracharlatanería propagandística, su subyugación de clase y su terror reverencial por el principio del capitalismo plutocrático y por sus potentes ciudadelas mundiales, Inglaterra y EE.UU., las que habían atravesado sin fracturas los convulsivos 150 años últimos de la historia, manteniendo la continuidad histórica de sus potentes aparatos estatales.

El nazismo quiso hacer chantaje a los bloques estatales enemigos para que eligiesen entre el desastre militar y la concesión de una parte adecuada del espacio explotable del planeta al odiado competidor imperialista. Pero los capitalismo de Inglaterra (sobre todo) y de los EE.UU. sufrieron impasibles las derrotas militares de la guerra relámpago, apuntando con seguridad increíble, y a pesar de la gravedad del riesgo, a la victoria final. Este hecho histórico representa uno de los más admirables empleos de potencial llevados a cabo en el curso de la humanidad, pero al mismo tiempo el triunfo más grande del principio de conservación de las relaciones existentes, y la victoria histórica más grande de la reacción.

Los Estados del Eje, y sobre todo Alemania, lanzados por el camino del éxito, que concebían solamente como un compromiso impuesto al enemigo sobre la base común de los esquemas del imperialismo fascista mundial, no intentaron ni siquiera sumergir por lo menos uno de los fortines adversarios, el inglés, como quizá hubieran podido hacerlo si, después de Dunquerque, en vez de irradiar incursiones centrífugas por toda Europa, en África y más tarde hacia el Oriente ruso (a fin de asegurarse garantías para el chantaje histórico), la hubiesen atacado a fondo, con todas sus fuerzas, en la secular metrópoli. La caída de ésta, tal como lo intuía la burguesía ultraindustrial que gobernaba el país de Hitler, habría sumergido el capitalismo mundial, o por lo menos lo habría arrollado en una crisis espantosa, poniendo en movimiento las fuerzas de todas las clases y de todos los pueblos despedazados por el imperialismo y por la guerra, y quizás habría invertido tremendamente las directivas sociales y políticas del coloso ruso aún inactivo.

En esta situación, la propaganda del Eje, acallando los temas anticapitalistas y su falso sonido, se volcó toda a denunciar el peligro del bolchevismo, procurando siempre provocar la solidaridad de las burguesías enemigas ante la perspectiva de las consecuencias revolucionarias de una victoria rusa. Esta propaganda bofa acabó por colaborar en la desorientación de las fuerzas proletarias revolucionarias, induciéndolas una vez más a esperar la revolución de un desenlace de la guerra entre Estados y no de la guerra entre las clases; pero no se consiguió conmover a las capas dirigentes de los gobiernos capitalistas anglosajones, que depositando su confianza (tras haber hecho un balance exacto) en la potencia de su capacidad económica y en la realidad de las relaciones sociales y políticas mundiales, y adoptando en pleno, sin titubeos ni reservas, los métodos totalitarios y centralizadores con su superior rendimiento técnico, político y militar, han durante seis años profetizado y logrado la ruina militar de su enemigo,

volviéndose sus vencedores, pero también sus ejecutores testamentarios.

Una vez lograda esta victoria, se habrán construido las bases para el desarrollo de la era capitalista imperial fascista que predominará en los grandes países del mundo y gravitará sobre una constelación de grandes Estados, señores de las clases trabajadoras indígenas, de las colonias de color, y de todos los Estados satélites menores en los países de raza blanca, constelación en la que manifiestamente entra la nueva Rusia, y en la que, al parecer, no se dejará entrar a Francia, y en la que quizá el mismo capital alemán (que ha dado los mayores resultados en el grandioso experimento de la modernísima forma capitalista de control y dominación de las reacciones de la economía burguesa, realizando el más perfecto de los tipos del moderno Estado monopolista), a pesar del enorme derroche de maldiciones retóricas, podría tener un puesto mejor que el reservado a las clases dominantes de países menores no sólo enemigos sino también aliados, es decir, de aquellos países cuya pretendida liberación de la opresión despótica fue el pregón de esta bárbara, feroz y maldita guerra como una cruzada por una humanidad mejor y redimida.

Ante esta nueva construcción del mundo capitalista, el movimiento de las clases proletarias sólo podrá reaccionar si comprende que no se puede ni se debe llorar el estadio caduco de la tolerancia liberal, de la independencia soberana de las pequeñas naciones, sino que la historia sólo ofrece una vía para eliminar todas las explotaciones, todas las tiranías y las opresiones, y es la vía de la acción revolucionaria de clase, que en todo país, dominador o vasallo, alinee las clases de los trabajadores contra la burguesía local, con completa autonomía de pensamiento, de organización, de comportamiento político y de acciones de combate, y por sobre las fronteras de todos los países, en paz y en guerra, en situaciones consideradas normales o excepcionales, previstas o imprevistas por los esquemas filisteos del oportunismo traidor, una las fuerzas de los trabajadores de todo el mundo en un organismo unitario, cuya acción no se detenga hasta el completo aniquilamiento de las instituciones del capitalismo.

PROPIEDAD Y CAPITAL

INTRODUCCION

Los tres primeros capítulos de nuestro trabajo de Partido : Propiedad y Capital, publicados en 1948 en nuestra revista de entonces, Prometeo (nº 10 y 11 de la I Serie), abordan y restauran en el plano de la teoría marxista los caracteres propios y esenciales, no sólo de la sociedad feudal y del modo de producción capitalista que le ha sucedido, sino también los del socialismo, que es su superación histórica materialmente determinada.

Ellos recuerdan que la conquista fundamental del capitalismo, es decir, el carácter social de la producción, es el resultado de la expropiación del productor individual, que tiene como consecuencia la separación del productor del producto de un trabajo cada vez más socializado; que la propiedad jurídica de los medios de producción - sea la de una persona, la de una empresa o la del Estado - no es más que la traducción de esta separación en el terreno del derecho, mientras que el obrero recibe un salario como precio de su fuerza de trabajo; que la producción y la acumulación sociales son realizadas, en la sociedad burguesa, por cada empresa, en medio de la anarquía de los intercambios mercantiles; y concluyen demostrando que el objetivo último del movimiento comunista, no "libremente elegido" sino, por el contrario, inexorablemente determinado, no puede ser un retorno utópico y reaccionario a la producción artesanal, que destruiría la conquista revolucionaria del capitalismo, ni la sola expropiación jurídica del propietario individual de capital, lo que dejaría en pie lo que constituye la esencia misma del modo de producción burgués. Nuestra meta final, la única que es científica y revolucionaria, es la apropiación social de la producción socializada, que sólo puede ser realizada con la destrucción de la acumulación por empresas, del mercado, del asalariado y, por ende, con el aniquilamiento real de la propiedad capitalista (Cf. Marx, Crítica al Programa de Gotha, punto 3, y Lenin, El Estado y la Revolución, capítulo V).

Quedan así demolidas la pretensión del stalinismo y del maoísmo de haber "creado socialismo" en Rusia y en China, por medio

de la nacionalización de las empresas (pretensión que, a nivel doctrinal, ya había sido criticada por Engels en el Anti-Dühring, III Parte, capítulo 2), como también las teorías del "socialismo de empresa" a la manera de Gramsci, o de la "autogestión" en sus múltiples variantes, que son manifestaciones del inmediatismo que "concibe" la sociedad futura como una simple copia retocada de la sociedad actual, como una sociedad de esclavos sin propietarios de esclavos, "autoadministrada" por los esclavos mismos (Cf. Los fundamentos del comunismo revolucionario, Ed. Programme).

Ulteriormente, en los números 12 al 14 de la I serie, fueron publicados en 1949 y 1950 los siguientes capítulos :

4.-La propiedad rural. La revolución burguesa y la propiedad de los bienes inmuebles.

Nota : el supuesto feudalismo en Italia meridional.

5.-La legalidad burguesa. La economía capitalista en el marco jurídico del derecho romano.

6.-La propiedad urbana. El capitalismo y la propiedad urbana de edificios y del suelo.

Nota : el problema edilicio en Italia.

Por graves dificultades relativas a la publicación de la revista, en los números 1 y 4 de la II Serie (1950 y 1952) fueron publicados amplios resúmenes de los capítulos restantes :

7.-La propiedad de los bienes muebles. El monopolio capitalista de los productos del trabajo.

8.-La empresa industrial. El sistema fabril basado en la explotación de los operarios y el derroche social del trabajo.

9.-Las asociaciones de empresas y monopolios. Necesaria derivación del monopolio del juego de la pretendida libre competencia.

10.-El capital financiero. Empresas de producción y de crédito y afianzado parasitismo económico de clase.

11.-La política imperialista del Capital. El conflicto entre grupos y estados capitalistas por la conquista y el dominio del mundo.

12.-La moderna empresa sin propiedad y sin capital circulante. La adjudicación y la concesión, formas anticipadas de la evolución capitalista actual.

13.-El intervencionismo y el dirigismo económico. La orientación moderna hacia una economía controlada, como expresión de la mayor sujeción del Estado al capital.

14.- Capitalismo de Estado. La propiedad estatal, acumulación por iniciativa de la empresa capitalista. Empresa sin propiedad y sin capital circulante.

15.-La formación de la economía comunista. Condiciones del paso del capitalismo al comunismo, y ejemplos de manifestaciones anticipadas de las nuevas formas.

16.-La economía rusa. Presencia y acción, parcialmente disimulada, de empresas capitalistas, internas y externas.

17.-Utopía; ciencia; acción. Unidad de la teoría, de la organización y de la acción en el movimiento proletario revolucionario.

1. Técnica productiva y formas jurídicas de la producción

Con una fórmula simple y justificada por las exigencias de la propaganda, el socialismo ha sido definido siempre como la abolición de la propiedad privada, agregando la precisión : de los medios de producción, y después la otra precisión : y de los medios de cambio.

Aunque tal fórmula no es completa y totalmente adecuada, ésta no debe ser repudiada. Pero las cuestiones sustanciales, viejas y recientes, sobre la propiedad personal, colectiva, nacional y social hacen necesario dilucidar el problema de la propiedad frente a la antítesis teórica, histórica y de lucha entre capitalismo y socialismo.

Toda relación económica y social se proyecta en formulaciones jurídicas, y partiendo de tal posición *El Manifiesto* dice que los comunistas ponen en primer término en todo estadio del movimiento la "cuestión de la propiedad", puesto que ellos ponen en primer término la cuestión de la producción, más generalmente, la de la producción, distribución y consumo, la cuestión de la economía.

En una época en que la gran antítesis histórica entre feudalismo y régimen burgués había aparecido más bien como un conflicto ideológico y de derechos que como relación económica y mutación de las formas de la producción, no se podía dejar de poner de relieve, con la mayor intensidad, aun en las enunciaciones elementales, la forma jurídica de las reivindicaciones económicas y sociales proletarias. En el pasaje fundamental del prefacio a *La Crítica de la Economía Política*, Marx enuncia la doctrina del antagonismo entre las fuerzas productivas y las formas de la producción, y enseguida agrega : "o bien - lo que es sólo una expresión jurídica - con las relaciones de propiedad".

La justa acepción de la formulación jurídica no puede, pues, fundarse más que sobre la justa presentación de la relación productiva y económica, que el socialismo se propone destruir.

Por consiguiente, adoptando el lenguaje de la ciencia corriente del derecho, en la medida en que es útil, se trata de recordar los caracteres discriminantes del modo de producción capitalista - que deben ser definidos en relación a los modos de producción que lo precedieron - y discriminar ulteriormente entre tales caracteres aquellos que el socialismo conserva y aquellos que, por el contrario, deberá superar y suprimir en el proceso revolucionario. Tal distinción debe ser obviamente establecida sobre el terreno del análisis económico.

Capitalismo y propiedad no coinciden. Diversas formas económico-sociales que han precedido al capitalismo tenían determinadas instituciones de la propiedad. Veremos enseguida que ha convenido al nuevo sistema de producción modelar su estructura jurídica sobre fórmulas y cánones derivados directamente de regímenes precedentes, a pesar de que en ellos las relaciones de apropiación fuesen extremadamente diferentes. Y no menos elemental es la tesis de que en la visión socialista el capitalismo figura como la última de las economías fundadas sobre la forma jurídica de la propiedad, de suerte que el socialismo, aboliendo el capitalismo, abolirá

también la propiedad. Pero aquella primera abolición, y, mejor dicho, sucesión violenta y revolucionaria, es una relación claramente dialéctica y constituye un enunciado más fiel al lenguaje marxista que nos es propio, que el de la abolición de la propiedad que tiene un sabor un poco metafísico y apocalíptico.

Retornemos sin embargo al origen de nuestros conocidos conceptos. La propiedad es una relación entre el hombre, la persona humana y las cosas. Los juristas la llaman la facultad de disponer de las cosas del modo más amplio y absoluto, y clásicamente de usar y abusar de éstas. Se sabe que a nosotros, marxistas, estas definiciones eternas no nos agradan, podremos mejor dar una definición dialéctica y científica del derecho de la propiedad diciendo que es la facultad de "impedir" a una persona humana usar una cosa, por parte de otra persona o de un grupo.

La variabilidad histórica de la relación emerge, por ejemplo, del hecho que por siglos y milenios, entre las cosas susceptibles de constituir un objeto de propiedad estaba la propia persona humana (esclavismo). Que, por otra parte, la institución de la propiedad no pueda pretender poseer la prerrogativa apologética de ser natural y eterna, lo hemos probado mil veces haciendo referencia a la sociedad comunista primitiva en la que la propiedad no existía, por cuanto todo era obtenido y usado en común por los primeros grupos de hombres.

En esta economía relativamente primitiva, o si se quiere pre-economía, la relación entre hombre y cosa era la más simple posible. Por el limitado número de hombres y la limitada gama de necesidades, apenas superior a las necesidades animales de la alimentación, las cosas aptas para la satisfacción de las necesidades, que después el derecho llamó bienes, son puestas por la naturaleza a disposición ilimitada, y el único acto productivo consiste en tomarlas cuando es necesario. Las mismas se reducen a los frutos de la vegetación silvestre, más tarde de la caza y de la pesca, y así sucesivamente. Los objetos de uso existían en cantidad exuberante, no existían aún "productos" surgidos aunque sea de una embrionaria intervención física, técnica, laborable del hombre sobre la materia tal como la ofrece la naturaleza que lo rodea.

Con el trabajo, la técnica productiva, el aumento de las poblaciones, la limitación de tierras vírgenes libres sobre las cuales extenderse, surgen los problemas de distribución y se torna difícil afrontar todas las necesidades, las demandas de uso y de consumo de productos. Nace la oposición entre individuo e individuo, tribu y tribu, pueblo y pueblo. No es necesario recordar estas etapas del origen de la propiedad, es decir, de la apropiación para el consumo, para la formación de reservas, para el intercambio iniciado para la satisfacción de otras exigencias cada vez más vastas, de todo cuanto ha producido el trabajo de hombres y de comunidades.

A través de diversos procesos aparece el comercio, las cosas que eran únicamente objetos de uso se tornan mercancías, aparece la moneda y al valor de uso se sobrepone el valor de cambio.

En los diversos pueblos y en las diversas épocas debemos comprender cuál era el estado de adelanto de la técnica productiva en

tanto capacidad de intervención de la actividad del hombre sobre las cosas o materias primas, cuál el mecanismo de la producción y de la distribución de los actos y esfuerzos productivos entre los miembros de la sociedad, cuál el mecanismo de la circulación de los productos de mano en mano, de casa en casa, de país en país hacia el consumo. A partir de tales datos podemos pasar a comprender las formas jurídicas correspondientes, y que tendían a coordinar las reglas de tales procesos, atribuyendo a organizaciones determinadas la custodia de su disciplina y la posibilidad de constreñir y de sancionar a los transgresores.

Así como la propiedad de las cosas o bienes de consumo y la propiedad del esclavo no remontan a la humanidad primitiva, tampoco remontan a ella la propiedad del *suelo*, o sea de la tierra y de todo cuanto el hombre le agrega y construye de estable, los *bienes raíces* del derecho. Tal propiedad, en su forma personal, aparece más tarde que la de los bienes muebles y de los propios esclavos, por cuanto al comienzo, si no todo es común, por lo menos es atribuido al jefe del grupo familiar, de la tribu, o de la ciudad y región.

Pero aun queriendo poner en duda que todos los pueblos hayan partido de esta primera forma comunista y aun queriendo ironizar sobre una tal edad de oro, ello no invalida el análisis que nos interesa y que establece que las instituciones jurídicas derivan de los estadios de la técnica. Dado que nos apremia avanzar mucho más en la cuestión que tratamos, basta con remitirse a la gran importancia que Engels y Marx dieron al comienzo de estos estudios sobre la prehistoria.

Limitándonos a las líneas esqueléticas de la cuestión y a las cosas conocidas por todos, bastan las relaciones sobre la propiedad del objeto mobiliario consumible, y sea como fuere utilizable, del hombre esclavo o siervo, y de la tierra, para definir las líneas fundamentales de los sucesivos tipos históricos de sociedad de clases.

La propiedad, dice el jurista, nace de la ocupación. Lo dice pensando en el bien raíz, pero la fórmula conviene también para la propiedad sobre el esclavo y sobre el objeto mercancía. De hecho "los bienes mobiliarios pertenecen al poseedor". No menos obvio es el pasaje de la posesión a la propiedad. Si yo tengo una cosa cualquiera entre las manos, incluso otro hombre o un pedazo de tierra (en cuyo caso no lo tengo con las manos, y ni siquiera tengo constantemente en las manos al hombre y a la mercancía) sin que otro logre sustituirme, yo soy el poseedor. Hasta aquí, posesión material. Pero la posesión se torna legítima y jurídica, y se eleva a derecho de propiedad cuando tengo la posibilidad, contra un eventual pretendiente o perturbador, de conseguir el apoyo de la ley y de la autoridad, o sea de la fuerza material organizada en el Estado, que vendrá a protegerme. Para el bien mobiliario o mercancía, la simple posesión demuestra la propiedad jurídica mientras alguno no pruebe que yo he sustraído la cosa con la fuerza o el fraude. Para el esclavo, existía en los Estados bien organizados un registro familiar que lo censaba como perteneciente al patrón. Para los bienes raíces aun hoy en día la máquina legal es mucho más compleja, depende de títulos establecidos en determinadas formas y de inscripciones públicas, y más complejo aún es el

control legal de los trasposos de propiedad. Sea como fuere, la posesión material es siempre un gran recurso debido a su efecto expeditivo, y la ley lo defiende en un primer estadio sin perjuicio de proceder en un segundo tiempo a la difícil y exhaustiva indagación sobre el derecho de propiedad. Se dice, como paradoja jurídica, que aun el ladrón puede pedir a la ley la protección de sus posesiones si es expulsado (incluso por el propio propietario, haciendo una suposición teórica absurda), y los abogados más sagaces dicen que todos los códigos pueden reducirse al solo "artículo quinto : quien tiene en la mano, ha ganado".

Por consiguiente, en la base de todo régimen de la propiedad, existe un hecho de apropiación de los bienes en general. Los hijos del esclavo pertenecían al patrón, si huían podía hacerlos perseguir por la ley que se los restituía.

En el régimen medieval del feudalismo aparece en general abolida la técnica de la producción con mano de obra de esclavos y la estructura legal correspondiente que disciplina la propiedad sobre las personas humanas. La disposición de la tierra agraria asume un forma más compleja que la clásica del derecho romano, por cuanto sobre ésta reposa una jerarquía de señores que culmina en el soberano político, quien distribuye a los vasallos dependientes las tierras según un régimen jurídico muy complejo. La base económica es el trabajo agrícola por medio ya no de esclavos, sino de siervos de la gleba, quienes no son objeto de verdadera propiedad y enajenación de patrón en patrón, pero no pueden en general abandonar el feudo sobre el cual trabajan con su familia. ¿Quién se apropia de los productos del trabajo? De una cierta fracción, el trabajador siervo, al que se le da en general un pequeño pedazo de tierra cuyos frutos le deben bastar para alimentarse él y los suyos, mientras está obligado a trabajar solo o con los otros en las tierras más vastas del señor, y cuya producción mayor es consignada a él. Tal trabajo es la llamada prestación personal. En las formas más recientes el siervo se aproxima al colono por cuanto toda la tierra del feudatario es fragmentada en pequeñas empresas familiares, pero un fuerte cuota del producto de cada una de ellas es consignada al patrón.

En este régimen el trabajador tiene un derecho parcial a apropiarse de los productos de su trabajo para consumirlos a su gusto. Parcial, por cuanto inciden en él los tributos, ya sea en tiempo de trabajo o en artículos de consumo, al patrón feudal, al clero y así sucesivamente.

La producción no agrícola tiene escaso desarrollo debido a la técnica aún atrasada, a la escasa urbanización y al carácter primitivo general de la vida y de las necesidades de las poblaciones. Pero los trabajadores de objetos manufacturados son hombres libres, es decir, no ligados al lugar de nacimiento y de trabajo. Son los artesanos, encerrados en las trabas de organismos y reglas corporativas, pero no obstante ello, totalmente autónomos económicamente. En la producción artesanal, de la pequeña o ínfima empresa y taller, tenemos la propiedad del trabajador sobre los diversos tipos de bienes : los instrumentos no complicados de su trabajo, las materias primas que adquiere para transformarlas, los productos manufacturados que vende. Aparte de los gravámenes de las corporaciones y de las comunas y de determinados derechos

feudales sobre los burgos, el artesano trabaja sólo para sí y goza del fruto de todo el tiempo y de todo el resultado de su trabajo.

La red de circulación de este sistema social es poco intrincada. La gran masa de los trabajadores agrícolas consume en el lugar cuanto produce, y es poco lo que vende para adquirir los limitados objetos de vestimenta o de otro tipo que usa. Los artesanos y los mercaderes intercambian con los campesinos y entre sí, por lo general en restringidos círculos de ciudades, aldeas y campañas, una pequeña minoría de señores privilegiados recibe desde un amplio radio los objetos de los que disfruta, y hasta hace pocos siglos ignoraba o casi ignoraba ella misma los tenedores y el jabón, para no mencionar otras cien cosas usadas hoy por todos.

Pero se van estableciendo por grados las premisas de la nueva era capitalista, con los hallazgos técnicos y científicos que enriquecen de mil maneras los procesos de manipulación de los productos, con los descubrimientos geográficos y las invenciones de nuevos medios de transporte de personas y de mercancías, que amplían continuamente el ámbito de las zonas de circulación y las distancias entre el lugar de fabricación y el de uso de los productos.

La marcha de estas transformaciones es variadísima y conoce extrañas lentitudes y arrolladoras expansiones. Mientras ya desde el comienzo de la era moderna millones de consumidores aprendían a conocer y adoptar especias y mercancías ignoradas y exóticas, surgiendo así nuevas necesidades (café, tabaco, etc., etc.), era aún posible en la época de la primera guerra mundial oír que una señora calabresa, gran propietaria, había en total gastado en un año "una perra chica" para comprar las agujas, siéndole provisto *todo* el resto por su propiedad.

Habiendo llegado a este punto bien conocido con la recordación de estas pocas ideas, simplificadas voluntariamente pero intentando poner las palabras justas en su lugar, preguntémosnos cuáles son las reales características que diferencian a la nueva producción y economía capitalista y al régimen burgués al que ésta provee la base. Y veamos a continuación en qué consiste verdaderamente la mutación que los nuevos sistemas técnicos, las nuevas fuerzas de producción puestas a disposición del hombre, inducen, después de una larga y dura lucha, en las relaciones de producción, es decir, en las posibilidades y facultades de apropiación de los diversos bienes, en contraposición a cuanto sucedía en la sociedad precedente, feudal y artesana.

Comenzaremos así a establecer de manera clara las bases de nuestra ulterior indagación sobre las relaciones efectivas entre el sistema capitalista y la forma de apropiación de los diversos bienes : mercancías listas para el consumo, instrumentos de trabajo, tierra, casas e instalaciones diversas fijadas al suelo, para extenderla después al proceso de desarrollo de la era capitalista y al de su fin.

2.- El advenimiento del capitalismo y las relaciones de propiedad

El surgimiento de la economía capitalista se presenta en sus efectos sobre las relaciones de propiedad, no como una instauración, sino como una amplísima abolición de derechos de propiedad privada. La tesis así formulada no sólo no debe parecer extraña sino ni siquiera nueva, siendo totalmente conforme, substancial y formalmente, a la exposición de Marx.

Respecto a los señores feudales de la tierra, la revolución burguesa consistió en una radical abolición de privilegios, pero no en una supresión del derecho de propiedad sobre la tierra. No se debe aquí pensar en la revolución en el sentido de un breve período de lucha, en las medidas contra rebeldes y emigrados, y ni siquiera en las posteriores medidas de supresión de privilegios sobre las tierras de entes religiosos, sino referirse al contenido económico social de la gran transformación, que en su desarrollo comienza mucho antes y termina mucho después de las clásicas fechas de insurrecciones, proclamaciones, y promulgaciones de nuevos estatutos.

El advenimiento del capitalismo tiene el carácter de una destrucción de derechos de propiedad de la numerosa clase de los pequeños productores artesanos y, en gran medida y sobre todo en determinadas naciones, aun a costa de los campesinos propietarios trabajadores.

La historia del nacimiento del capitalismo y de la acumulación primitiva coincide con la historia de la feroz, inhumana *expropiación* de los productores y está asentada en las páginas más incisivas de *El Capital*.

El capítulo conclusivo del Primer Libro, al igual que otros escritos fundamentales del marxismo, presenta la futura demolición del capitalismo como la expropiación de los expropiadores de entonces, y aun - pero hablaremos de ello en la parte ulterior de este escrito - como una reivindicación de aquella "propiedad" destruida y pisoteada.

Para que todo esto sea claramente entendido es necesario precisamente seguir la indagación aplicando correctamente nuestro método, y no perder nunca de vista las relaciones que existen entre las formulaciones del lenguaje o del derecho corriente, y las que son específicas a nosotros, socialistas marxistas.

La explicación de la instauración del capitalismo en el campo de la técnica productiva se vincula a los múltiples perfeccionamientos de la aplicación del trabajo humano a las materias elaboradas, se inicia con las primeras innovaciones tecnológicas nacidas sobre el banco del paciente y genial artesano aislado, recorre un formidable ciclo con el surgimiento de los primeros establecimientos fabriles, al comienzo manufactureros, después basados sobre las máquinas operadoras que sustituyen la mano del obrero, más tarde aún sobre el empleo de las grandes fuerzas mecánicas motrices.

Hoy el capitalismo se nos presenta como el formidable complejo de instalaciones, construcciones, obras, maquinarias, con

que la técnica ha recubierto el suelo de los países más avanzados, y por eso parece obvio definir el sistema capitalista como aquél de la propiedad y del monopolio de estos colosales y modernos medios de producción, lo que es exacto sólo parcialmente.

Las condiciones técnicas de la nueva economía consisten en nuevos procedimientos basados sobre la diferenciación de los actos laborales y sobre la división del trabajo, pero históricamente aun antes de este fenómeno tenemos aquél más simple del acercamiento y reunión en un lugar común de trabajo de muchos trabajadores, que siguen actuando con la misma técnica y usando los mismos instrumentos simples que usaban cuando estaban aislados y eran autónomos.

El carácter verdaderamente distintivo de la innovación no estriba pues en el hecho de que haya aparecido un poseedor o conquistador de nuevos medios o grandes mecanismos, los cuales, produciendo los artículos manufacturados más fácilmente, suplantando la producción artesana tradicional. Estas grandes instalaciones vienen después, ya que para la simple cooperación, como dice Marx, es decir, el reagrupamiento de muchos trabajadores, basta un local incluso primitivo que puede ser fácilmente alquilado por el "patrón" - más aún, en el *sweating system* (trabajo a domicilio) los trabajadores permanecen en sus casas. El carácter distintivo está pues en otra parte, es un carácter negativo, y por lo tanto destructivo y revolucionario. A los trabajadores les ha sido quitada la posibilidad de poseer por cuenta propia las materias primas, las herramientas de trabajo, y por ende de ser poseedores de cuanto han producido con su trabajo, libres de consumirlo o venderlo a gusto suyo. Para reconocer, pues, una primera economía capitalista en función, nos basta por consiguiente constatar que existen masas de productores artesanos que han perdido la posibilidad de procurarse materias e instrumentos - y, como condición complementaria, que en las manos de nuevos elementos económicos, los capitalistas, se han reunido medios de adquisición en volúmenes notables, que los ponen en condición, por un lado, de acaparar las materias y las herramientas de trabajo, y, por el otro, de adquirir la fuerza de trabajo de los artesanos transformados en asalariados, quedando como poseedores y propietarios absolutos *de todo el producto del trabajo*.

A esta segunda condición corresponde el hecho de la acumulación primitiva del capital, cuyo origen es estudiado en otras contribuciones para el conocimiento del marxismo, y que remonta a múltiples factores históricos y económicos.

Que el solo acercamiento de los obreros baste para volver superior el nuevo sistema y lo conduzca a suplantarlo al viejo, se explica por la disminución de los costos de los transportes y suministros, y por la mejor utilización del tiempo que los productores dedican a las faces, todavía tecnológicamente muy simples, de la fabricación. Tenemos una primera superación del rendimiento del artesanado con sus talleres y tiendas aisladas. Pero éste es definitivamente derrotado con los ulteriores desarrollos debidos a la división del trabajo. Ya no es más el artífice aislado, ayudado por uno o dos oficiales, quien prepara el producto manufacturado, sino que éste surge por la intervención sucesiva de trabajadores de diversos oficios, cada uno de los cuales por sí

solo no sabría ni podría hacerlo. Más tarde muchas de las operaciones más difíciles hechas antes a mano son efectuadas, después de un largo aprendizaje, por una máquina, y el mismo resultado productivo es obtenido con mucho menor esfuerzo, en el sentido físico y mental, del trabajador.

Siguiendo este proceso vemos agigantarse la masa de instalaciones de la fábrica, que naturalmente no pertenecen jurídicamente al trabajador, como ya no le pertenecían más en general ni siquiera las simples herramientas manuales en el estadio inicial. Pero la pertenencia jurídica de estas grandes instalaciones al capitalista y empresario no es una condición necesaria; lo hemos probado recordando que ya antes de que éstas aparecieran teníamos en la primera manufactura un capitalismo económico y social verdadero y propio, y nos queda por examinar muchos casos en los cuales en la economía moderna las instalaciones productivas no son propiedad jurídica del propietario de la empresa. Baste por ahora recordar alquileres, concesiones, adjudicaciones y así sucesivamente, en la industria, y en la agricultura, el gran arrendamiento capitalista.

La verdadera circunstancia que nos hace constatar el advenimiento del capitalismo consiste pues, más que en la acumulación primitiva, en la "violenta separación del productor de los instrumentos y de los productos de su trabajo".

El capitalismo, económica y socialmente, aparece como una destrucción de la facultad de apropiación *de los productos* por parte de los trabajadores, y como una apropiación de ellos por parte de los capitalistas.

Con la pérdida de todo derecho sobre los bienes producidos, el trabajador perdió obviamente todos los derechos sobre las herramientas, sobre las materias primas, sobre el lugar de trabajo. Tales derechos eran una relación de propiedad individual que el capitalismo ha destruido, para sustituirlos por un nuevo derecho de apropiación, de propiedad, que *necesariamente* es un derecho sobre los productos del trabajo, pero que no es tan necesariamente un derecho sobre los medios de producción. La titularidad jurídica de éstos puede incluso cambiar sin que cese el carácter capitalista de la empresa. Además, el nuevo tipo de apropiación no es *necesariamente* (para que se tenga derecho desde el punto de vista marxista a hablar de capitalismo) un derecho de tipo *individual* y personal, como lo era por el contrario en la economía artesana, que rebasaba raramente los límites familiares.

El capitalismo, en Marx - ya que no hacemos más que exponer la doctrina como siempre ha sido profesada - no sólo se instaura con una *expropiación*, sino que funda una economía y por ende un tipo de propiedad *social*. Podíamos hablar clásicamente de propiedad personal cuando era posible reunir en la titularidad de uno solo todos los actos productivos y económicos, pero cuando el trabajo se torna función colectiva y asociada de muchos productores - carácter éste fundamental e indispensable del capitalismo - la propiedad sobre toda la nueva empresa es un hecho de alcance y de orden social, aun si el membrete jurídico menciona una sola persona.

Este concepto, esencial en el marxismo, desemboca directamente en el de lucha de clases y antagonismo de clases ínsito en el sistema capitalista. La apropiación de los productos por parte del

empresario que tiene frente a sí no más esclavos y siervos, sino trabajadores asalariados "libres", es una relación que se ha desplazado al plano social y que ya no interesa solamente al único patrón y a los cien obreros, sino a toda la clase trabajadora contrapuesta al nuevo sistema de dominadores, y a la fuerza política que éste ha fundado con el nuevo tipo de Estado. Esta función social es claramente expresada en la ley marxista de la acumulación y de la reproducción progresiva del capital. El patrón de esclavos y el señor de tierras feudal sacaban su ingreso personal del sobretrabajo provisto por sus dependientes, pero podían muy bien consumirlo enteramente sin que el sistema económico dejase de funcionar a escala social. La parte de los productos de su trabajo dejada a los esclavos y los siervos bastaba para hacerlos sobrevivir y perpetuar el sistema. Por ello el derecho de propiedad del patrón de esclavos y de siervos de la gleba es un verdadero derecho individual. No menos individual es el derecho del campesino libre y del artesano, que no proveen sobretrabajo a nadie (no tratamos todavía aquí la cuestión del fisco, y en aquellos regímenes el Estado resultaba "barato") y pueden consumir todo el fruto de su trabajo, que coincide con el de su reducida posesión sobre poca tierra y sobre el pequeño taller (entendido como empresa y no como local). El capitalista extrae, por cierto, una ganancia del sobretrabajo no pagado a sus obreros, a quienes corresponde sólo cuanto basta para vivir, pero el rasgo fundamental de la nueva economía no es que el capitalista, en teoría y según la ley escrita, *puede consumir* toda la ganancia personalmente; por el contrario, el hecho general y social es que los capitalistas *deben reservar* una parte cada vez más grande de la ganancia para las nuevas inversiones, para la *reproducción* del capital. Este hecho nuevo y fundamental tiene más importancia que aquél de la ganancia consumida por quien no trabaja. Si esta relación es más sugestiva y además se ha prestado siempre a la propaganda de retorsión sobre el terreno jurídico o moral contra los apologistas del régimen burgués, la ley fundamental del capitalismo es para nosotros la otra, es decir, la destinación de una gran parte de la ganancia a la acumulación de capital.

Características distintivas de la aparición de la economía capitalista son pues la acumulación, en algunas manos particulares, de masas de medios de adquisición con los cuales se pueden obtener en el mercado materias primas para trabajar e instrumentos, y la supresión para amplias masas de productores autónomos de la posibilidad de poseer materias, instrumentos y productos del trabajo.

En nuestro lenguaje marxista esto basta para explicar la génesis del capitalismo industrial por un lado, y por otro de las masas de trabajadores asalariados que no poseen nada. Y esto ha sido, decimos como de costumbre, el resultado de una revolución económica, social y política.

No pretendemos sin embargo que los burgueses y los neocapitalistas hayan realizado este proceso conquistando el poder en la guerra civil, y promulgando después una ley que decía: está vedado a quien no pertenece a la clase capitalista vencedora comprar materias primas, herramientas y máquinas, y vender productos manufacturados. La cosa sucedió de modo muy distinto. Aún hoy no está prohibido por la ley ser artesano, más aún, hoy,

mientras la acumulación capitalista acelera bajo nuestros ojos su ritmo verdaderamente infernal, vemos rivalizar a fascistas, socialistas nacionales y socialcristianos en la apología de la economía artesana, a coro con un viejo *béguin* de los mazzinianos. Otro tanto debe ser dicho del productor agrícola autónomo propietario de su lote de tierra.

El verdadero proceso de la acumulación primitiva ha sido otro, y se lo puede presentar con el lenguaje de la filosofía y de la ética corriente, con el del derecho positivo, con el del marxismo que es el único que lo desentraña verdaderamente.

La propiedad como derecho a disponer del producto del propio trabajo era todavía defendida en los primeros albores del capitalismo por ideólogos conservadores y por teólogos, de los que Marx se burló satíricamente por su aprieto frente al pasaje de la propiedad a las manos de quien no había hecho nada. Sea como fuere, todas sus teorías sobre la justificación de la ganancia capitalista por el ahorro, la abstinencia, el trabajo personal precedente, no lograron moralizar el hecho de que quien ha fabricado alfileres no puede meterse en el bolsillo ni uno de ellos al salir del trabajo sin volverse culpable de robo calificado.

En el sistema jurídico contingente la relación de propiedad sobre un taller, una fábrica, un stock de materias a ser trabajadas y de productos, por parte de un particular, no estaba excluido ni de los viejos códigos del régimen feudal ni de los que elaboró la revolución burguesa.

La relación económico-social está puesta en claro, sin embargo, a la luz del marxismo, considerando el valor del producto en relación a la cantidad de fuerza de trabajo necesaria para realizarlo. Si en la manufactura ese producto se obtiene en cuatro horas mientras el artesano lo obtiene en ocho, el artesano revestido de su pleno derecho de propiedad podrá llevarlo al mercado, pero retirará por él un precio reducido a la mitad, con el cual no podrá adquirir las subsistencias para su jornada. No pudiendo físicamente trabajar dieciséis horas al día, estará obligado para equilibrar su presupuesto a aceptar las condiciones del capitalista, o sea trabajar, por ejemplo, doce horas para él y dejarle los productos, recibiendo en salario el equivalente de seis horas de trabajo, con las cuales, aunque sea más míseramente, podrá ir tirando.

Esta transformación brutal y feroz contiene en sí la condición necesaria para el progreso de la técnica productiva: sólo sustrayendo al artesano sometido al capital aquel margen de valor de sus fuerzas de trabajo, se pueden crear las bases sociales de la acumulación del capital, hecho económico que acompaña el hecho técnico de la difusión de instalaciones y medios productivos característicos de la nueva época científica y mecánica.

¿Por qué, pues, la consolidación del nuevo sistema de producción y de apropiación de los frutos del trabajo debió destruir, para triunfar, determinados obstáculos en las formas de la producción, es decir, en las relaciones de propiedad del viejo régimen? Porque existían una serie de sanciones y de normas li-

mitativas que estaban en contradicción con las nuevas exigencias, esto es, con la libertad de movimiento de los capitalistas, y con la disponibilidad de una masa de oferta de trabajo asalariado. Por un lado, el monopolio del poder estatal por parte de las órdenes de los nobles y de los eclesiásticos exponía a los primeros acumuladores de capital, mercaderes, usureros o banqueros, al riesgo de vejaciones continuas y a veces de expoliaciones; por otro, las leyes y los reglamentos corporativos dejaban a los organismos de los maestros artesanos de las ciudades privilegios de monopolio sobre la producción de ciertos artículos manufacturados, y, por ende, sobre su venta en determinados territorios. Y las masas de trabajadores de la industria no se habrían podido formar más que desvinculando de la gleba a los siervos, y de los talleres a los oficiales y patronos artesanos arruinados.

La revolución no condujo, pues, a un nuevo código positivo de la propiedad, pero fue indispensable para abolir las viejas leyes feudales que encuadraban las relaciones de producción y de comercio en los campos y en las ciudades.

Considerando el sistema capitalista como contrapuesto al régimen feudal sobre cuyas ruinas surgió, no debemos ver como un rasgo característico la fundación de un derecho de propiedad nuevo sobre la máquina, la fábrica, el ferrocarril, la canalización, etc., atribuido a la persona física o jurídica. Por el contrario, debemos ver claramente cuáles son las líneas discriminantes, las verdaderas características distintivas de la economía capitalista, porque de otro modo no podremos seguir seguramente el proceso de su evolución y juzgar los caracteres de su superación.

Respecto a la evolución de las relaciones de propiedad, y permaneciendo por ahora en el terreno del derecho de propiedad sobre los bienes muebles (nos ocuparemos después de la propiedad del suelo y de las instalaciones inmobiliarias), las características esenciales y necesarias del capitalismo son las siguientes :

Primero : la existencia de una economía de mercado a través de la cual los trabajadores deben adquirir todos los medios de subsistencia en general.

Segundo : la imposibilidad para los trabajadores de apropiarse y llevar directamente al mercado los bienes muebles constituidos por los productos de su trabajo, o sea, la interdicción de la propiedad personal del trabajador sobre el producto.

Tercero : la atribución a los trabajadores de medios de compra y más generalmente de bienes y servicios en una medida menor al valor agregado por ellos a los productos, y la inversión de una gran parte de tal margen en nuevas instalaciones (acumulación).

Fundándose sobre estos criterios de base es necesario buscar si la titularidad personal de la propiedad sobre la fábrica y sobre las instalaciones productivas es indispensable para la existencia del capitalismo, y si no puede existir no sólo una economía puramente capitalista sin una tal propiedad, sino, más aún, si en determinadas fases no conviene al capitalismo disimularla bajo otras formas.

Tal indagación será precedida por algunas consideraciones im-

portantes sobre la importancia económica y la evolución jurídica del derecho de propiedad sobre el suelo, el subsuelo y el sobresuelo por parte de personas y firmas privadas en la época contemporánea.

3.- Los términos de la reivindicación socialista

Antes de entrar en el tema de este estudio que concierne a las instituciones jurídicas de la propiedad que acompañan a la economía capitalista en su curso histórico, es todavía necesario recordar cuáles han sido siempre los verdaderos términos de la gran reivindicación socialista.

Dejando de lado los bosquejos literarios y filosóficos del comunismo sobre los bienes que desde la antigüedad se tuvieron en regímenes preburgueses y que también se relacionaban con reflejos particulares de la lucha de clases, esta reivindicación consiste históricamente en el movimiento que ataca desde su nacimiento los fundamentos sociales del régimen y del sistema capitalista. Movimiento de crítica y de combate cuya forma completa no es separable de la intervención efectiva en las luchas sociales de la clase obrera asalariada y de su organización en partido de clase internacional que hace suya la doctrina del *Manifiesto de los Comunistas* y de Marx.

La reivindicación socialista, enunciada millones de veces en las páginas de volúmenes de teoría o en las modestas palabras de discursos y de pequeños periódicos de propaganda, no puede vivir y ser real si no se aplica el método dialéctico del marxismo, en su simple evidencia al mismo tiempo que en su potente profundidad.

No basta el grito de protesta contra los absurdos, las injusticias, las desigualdades, las infamias con que está lleno el régimen capitalista burgués, para construir la reivindicación socialista proletaria. Y en tal sentido fueron insuficientes las innumerables posiciones pseudosocialistas o semisocialistas de filántropos humanitarios, de utopistas, de libertarios, de apóstoles más o menos excitados de nuevas éticas y místicas sociales.

El grito del proletariado y del marxismo al régimen burgués no es un "¡Vade retro Satanás!". Es al mismo tiempo un bienvenido y en determinada época histórica un ofrecimiento de alianza, y una declaración de guerra y un anuncio de destrucción. Posición incomprendible para todos aquéllos que fundan la explicación de la historia y de sus luchas sobre creencias religiosas y sobre sistemas morales, como en general sobre métodos no científicos y aún inconscientemente metafísicos, buscando en cada viscosidad y en toda fase de la historia de la sociedad humana el juego de criterios fijos debidamente "mayusculados", como el Bien, el Mal, la Justicia, la Violencia, la Libertad, la Autoridad...

Algunas de las características de la organización social que el capitalismo ha realizado con su advenimiento, son adquisiciones que el socialismo proletario no sólo acepta, sino que sin ellas no podría existir; algunas otras son formas y estructuras que, después de su expansión, se propone aniquilar.

Sus reivindicaciones deben pues ser definidas en relación a los diversos puntos en los cuales hemos reordenado los elementos

típicos, los caracteres distintivos del capitalismo en el momento de su victoria. Esta es una revolución, y es una primera premisa histórica general del advenimiento del régimen por el cual los socialistas lucharán. La toma de posición anticapitalista casi inmediata, por cuanto radical y cruda, no tiene el carácter de una restauración, de una apologética de condiciones y formas precapitalistas generales. Es necesario hoy en día restablecer claramente todo esto, aunque desde hace más de un siglo los esfuerzos reiterados de nuestra escuela tienden al mismo fin, por cuanto a cada paso de la historia de la lucha de clases peligrosas desviaciones han dado lugar a movimientos y a doctrinas que falsificaban importantísimas posiciones del socialismo revolucionario.

En el capítulo precedente hemos recordado en primer lugar las conocidas características técnico-organizativas de la producción capitalista contrapuesta a la artesana y feudal. En su conjunto tales características son conservadas e integralmente reivindicadas por el movimiento socialista. La colaboración de numerosos obreros en la producción de un mismo tipo de objeto, la división del trabajo ulterior, es decir, la repartición de los trabajadores entre las diversas y sucesivas fases de la manipulación que conduce a terminar un mismo producto, la introducción en la técnica productiva de todos los recursos de la ciencia aplicada con las máquinas motrices y operadoras, son aportes de la época capitalista a los que por cierto no se propone renunciar y que, más aún, serán la base de la nueva organización socialista. Una adquisición no menos importante e irrevocable es la desvinculación de los procesos técnicos del misterio, del secreto y de las exclusivas corporativas, que en la visión determinista eran la base segura del difícil desarrollo de la ciencia por las trabas antiguas constituidas por las hechicerías, las religiones, los filosofismos. Sigue siendo siempre fundamental la demostración de que la burguesía ha realizado estos aportes con métodos atropelladores y bárbaros y precipitando a las masas productoras en la miseria y en la esclavitud del salariado. Pero con esto no se propone, por cierto, el retorno a la libre producción del artesano autónomo.

En el momento en que éste, y aun el pequeño campesino, era despojado de toda posesión y reducido a obrero asalariado, se lograba su empobrecimiento y se superaban sus resistencias con la violencia. Pero los nuevos criterios de organización del esfuerzo productivo permitían elevar su resultado y su rendimiento en el sentido social. A pesar de las retenciones del patrón industrial, a escala general las masas eran puestas en condición de satisfacer nuevas y más variadas necesidades con el mismo tiempo de trabajo. Aún antes de considerar las enormes ventajas en el rendimiento productivo a que condujeron la división del trabajo y el maquinismo, nosotros consideramos como una ventaja definitiva, y a la cual no se pretende renunciar, la simple economía de transportes, de operaciones comerciales y de gestión a la que condujo la manufactura respecto a los simples talleres. Cada artesano era el contador, el cajero, el corredor, el empleado de sí mismo, con un enorme despilfarro de tiempo de trabajo, mientras que en el gran establecimiento fabril un solo empleado por cada cien obreros cumple el mismo servicio. Toda propuesta de un nuevo desmenuzamiento de las fuerzas productivas concentradas por el capital es, para los socialistas, reaccionaria. Y hablamos de fuerzas productivas no sólo a propósito de los hombres adscriptos al trabajo de los que acabamos de hablar, sino naturalmente de las masas de materias a

trabajar y trabajadas, de los instrumentos del trabajo y de todas las complejas instalaciones modernas útiles para la producción en masa y en serie.

No debe parecer una disgresión el hacer notar que la aceptación en la reivindicación socialista de la concentración progresiva de las instalaciones y de las sedes de trabajo como contrapuesta a la economía basada en pequeñas empresas, no significa mínimamente la aceptación de esta consecuencia del sistema capitalista que consiste en la acelerada industrialización técnica de determinadas zonas, dejando otras en condiciones retrógradas, y esto tanto en las relaciones de país a país como en las relaciones entre la ciudad y el campo. Tal relación subsiste históricamente mientras el régimen burgués no ha agotado su fase de explotación y de reducción a asalariados sin reserva de las viejas capas productoras. Dialécticamente, la reivindicación socialista no puede dejar de apoyarse sobre la función revolucionaria dirigente de los obreros que el capitalismo ha urbanizado en masas imponentes, pero tiende a la difusión en todos los territorios de los modernos recursos técnicos y de la vida moderna más rica en manifestaciones, como está enunciado desde el *Manifiesto* en el punto nueve del programa inmediato: "medidas para suprimir gradualmente las diferencias entre la ciudad y el campo" - sin que ello contraste con todas las otras medidas de carácter netamente centralizador en el sentido organizativo. El mismo criterio guía la toma de posición socialista a propósito de las relaciones entre metrópolis y colonias, que se quiere sustraer a la explotación de las primeras, sin olvidar que sólo el capitalismo y sus desarrollos podían acelerar este resultado siglos y siglos, por más que haya superado en este campo todos los límites en el empleo de los métodos despiadados de conquista.

Por consiguiente, habiendo heredado de la revolución capitalista el enorme desarrollo de las fuerzas productivas, los socialistas se proponen trastocar el correspondiente aparato de *formas*, de *relaciones* de producción, que se refleja en las instituciones jurídicas, y esto después de haber aceptado que los proletarios, el Cuarto Estado, combatiesen en alianza con la burguesía, cuando ésta rompió las formas y las instituciones del régimen precedente para fundar y consolidar las suyas y para extenderlas en el mundo tanto desarrollado como atrasado. ¿Pero en qué sentido preciso nuestra reivindicación histórica comporta la demolición y la superación de aquellas formas?

La revolución productiva capitalista ha separado violentamente a los trabajadores de su producto, de su herramienta de trabajo, de todos los medios de producción, porque ha suprimido su derecho de disponer de ellos directamente, individualmente. El socialismo condena esta explotación, pero no postula por cierto la restitución a cada artífice de su herramienta y del objeto de consumo que ha manipulado con ella, para que vaya al mercado a cambiarlo por sus subsistencias. En cierto sentido, la separación realizada brutalmente por el capitalismo es históricamente definitiva. Pero en nuestra perspectiva dialéctica esta separación será superada en un plano más alejado y más amplio. La herramienta y el producto estaban a disposición individual del artífice libre y autónomo; han pasado a disposición del patrón capitalista. Deberán retornar a disposición de la *clase* de los productores. Será una disposición

social, no individual, y ni siquiera corporativa. No será más una forma de propiedad, sino de organización técnica general, y si quiéramos desde ahora afinar la fórmula anticipando su evolución, deberíamos hablar de disposición por parte de la sociedad y no de una clase, puesto que tal organización tiende a un tipo de sociedad sin clases.

Sea como fuere, sin hablar por ahora de disposición y de "propiedad" por parte del individuo sobre el objeto que está por consumir, no podemos incluir en la reivindicación socialista el arbitrio personal del trabajador sobre el objeto que ha manipulado.

Si el obrero de una fábrica de zapatos en el régimen burgués se lleva un zapato, no evitará la cárcel demostrando que corresponde bien a la medida de su pie, y menos aún si en lugar de usarlo se proponía venderlo para procurarse, supongamos, un pedazo de pan. El socialismo no consistirá en consentir que el trabajador salga con un par de zapatos en bandolera, pero no porque hayan sido robados al patrón, sino porque constituiría un sistema ridículamente lento y pesado de distribución de los zapatos a todos. Y antes de ver en esto un problema de derecho o de moral, se debe ver un problema concretamente técnico; para ello bastará pensar en los obreros adscritos a una fábrica de ruedas ferroviarias, o, para subrayar de manera aún más evidente las revoluciones a que condujo la innovación de la técnica y de la vida, en quien trabaja en una central eléctrica o en una central radiotransmisora y no tiene motivo, como en otros numerosos casos, para ser inspeccionado a la salida...

Ahora bien, la cuestión crucial es en realidad la del derecho de propiedad sobre el producto terminado, o también semi-elaborado, y es mucho más importante que la de la propiedad sobre el instrumento de producción, sobre la fábrica, taller o instalación de cualquier naturaleza.

La verdadera característica del capitalismo es la atribución a un patrón privado de los productos y de la consiguiente facultad de venderlos en el mercado. En general, al comienzo de la época burguesa, esta atribución deriva de la atribución de la empresa fabril, de la usina, del establecimiento, a un titular privado, el capitalista industrial, en una forma tratada jurídicamente de manera análoga a la que atribuye la propiedad del suelo agrario o de las casas.

Pero tal propiedad privada individual es un hecho estático, formal, es la máscara de la verdadera relación que nos interesa, que es dinámica y dialéctica, y consiste en los caracteres del movimiento productivo, en el encadenamiento de los incesantes ciclos económicos.

Así, pues, la reivindicación socialista, mientras debía aceptar la sustitución del trabajo asociado por el trabajo individual, propuso suprimir la atribución en posesión privada de los productos del trabajo colectivo a un propietario único, jefe de la empresa, libre de venderlos a su gusto. Lógicamente, formuló este postulado relativo a toda la dinámica económica como la abolición del libre derecho privado del industrial sobre la instalación productiva.

Tal formulación es sin embargo incompleta, aun sobre el plano al que nos atenemos en este parágrafo, que es el del contenido negativo y destructor de la posición económica socialista, ya que no tratamos todavía el tipo de organización productiva y distribuidora del régimen socialista, y la vía a recorrer para llegar a ella, tanto en el campo de las medidas económicas como de la lucha política.

La formulación es incompleta, porque, después de haber aclarado que se quiere superar la forma de atribución de todos los productos manipulados en una fábrica compleja a un único patrón de aquéllos y de ésta, no dice qué cosa pide que suceda con otras formas propias de la economía capitalista.

De hecho, la economía capitalista se volvió posible porque la separación de los trabajadores de los medios de producción y de los productos encontró una máquina distribuidora mercantil ya constituida, de suerte que el capitalista pudo llevar los productos al mercado y crear el sistema del salario, dando a los obreros una parte de la suma obtenida para que se procuren las subsistencias en ese mismo mercado. El artesano accedía al mercado como vendedor y comprador; el asalariado puede acceder a él sólo como comprador, y con medios limitados por la ley de la plusvalía.

La reivindicación socialista consiste clásicamente en la abolición del salariado. Sólo la abolición del salariado comporta la abolición del capitalismo. Pero no pudiendo abolir el salariado en el sentido de volver a dar al trabajador la absurda y retrógrada figura del vendedor de su producto en el mercado, el socialismo reivindica desde su aparición la *abolición de la economía de mercado*.

El marco mercantil de la distribución ha precedido, como ya lo hemos recordado, al capitalismo, y ha englobado todas las diferentes economías anteriores, remontando hasta aquélla en que existía el mercado de personas humanas (esclavismo).

Economía mercantil moderna quiere decir economía monetaria. Por consiguiente, la reivindicación antimercantil del socialismo comporta igualmente la abolición de la moneda como medio de cambio, y no sólo como medio de formación práctica de los capitales.

En un ambiente de distribución mercantil y monetaria el capitalismo tiende inevitablemente a resurgir. Si esto no fuese cierto convendría desgarrar todas las páginas de *El Capital* de Marx.

La enunciación antimercantilista está en todos los textos del marxismo y especialmente en las polémicas de Marx contra Proudhon y todas las formas de socialismo pequeñoburgués. Es un mérito del programa comunista redactado por Bujarin (a pesar de la excesiva prolijidad del texto) el haber vuelto a poner de relieve este punto sumamente vital.

En el final del parágrafo precedente habíamos alineado un tercer punto distintivo del capitalismo respecto a los regímenes que él venció : la amputación del producto del esfuerzo del trabajo de los obreros de una cuota importante que representa la ganancia patronal, y sobre todo la destinación de una parte importante

de esta cuota a la acumulación de nuevo capital.

Es obvio que la reivindicación socialista, queriendo quitar al patrón burgués el derecho de disponer de su producto y de llevarlo al mercado, le quitaba el derecho sobre la propiedad de la fábrica, y le quitaba al mismo tiempo incluso la disponibilidad de la plusvalía y de la ganancia. Ella proclamó hace más de un siglo que se podía abolir el salariado, y esto quiere decir superar el tipo de economía de mercado conocido hasta entonces. Destruyendo el mercado de los productos al cual llegaba tímidamente el pequeño artesano medieval con pocos artículos manufacturados, y al cual los productos del trabajo asociado moderno llegan con el carácter capitalista de mercancía, es igualmente claro que se destruye aun el mercado de los instrumentos de producción y el mercado de los capitales, y por consiguiente la acumulación de capital.

Pero todo esto no es todavía suficiente.

Ya hemos dicho que en el proceso de la acumulación hay un aspecto social. Hemos recordado que en la propaganda sentimental -¿y quién de nosotros, socialistas, no ha abusado de ella?... - poníamos en primer lugar, frente a una abstracta justicia distributiva, la iniquidad de la extracción de plusvalía que era consumida por el capitalista o su familia, para vivir con un tenor de vida muy diferente que el de los trabajadores. Abolición de la ganancia, gritamos por ende, y era muy justo. Tan justo como insuficiente. Los economistas burgueses nos hacen y rehacen desde hace cien años el cálculo de que todo el rédito nacional de un país dividido por el número de los ciudadanos apenas si da de qué vivir por encima del humilde obrero. El cálculo es exacto, pero su confutación es tan vieja como el sistema socialista, aun si no se encontrará más a un Pareto o un Einaudi capaz de comprenderla.

Las diversas sustracciones que el capitalista realiza antes de retirar su ganancia final con la cual se recrea, son en parte racionales y tienen fines sociales. Aun en una economía colectiva se deberán almacenar productos e instrumentos en cantidades aptas para conservar y hacer progresar la organización general. En cierto sentido se tendrá una acumulación social.

¿Diremos pues nosotros, socialistas, que queremos sustituir la acumulación personal y privada por la acumulación social? No habríamos alcanzado aún el objetivo. Si el consumo por parte del capitalista de una cuota de plusvalía es un hecho privado, que pedimos que sea abolido, pero que sin embargo es de poco peso cuantitativo, la acumulación *aun capitalista* es ya un hecho social y un factor tendencialmente útil a todos sobre el plano social.

Viejas economías que sólo atesoraban permanecieron inmóviles durante milenios enteros; la economía capitalista que acumula ha centuplicado las fuerzas productivas en pocos decenios, trabajando para nuestra revolución.

Pero la *anarquía* que Marx imputa al régimen capitalista estriba en el hecho de que el capitalista acumula por *fábricas*, por *empresas*, las cuales se mueven y viven en un ambiente *mercantil*.

Este sistema, y veremos después mejor esta no fácil, pero cen-

tral tesis técnico-económica, sólo se esfuerza por organizarse en función de la máxima ganancia *de la fábrica*, que muchas veces se realiza sustrayendo ganancias a otras fábricas. Al comienzo, y aquí los economistas clásicos de la escuela burguesa tenían razón, la superioridad de la gran fábrica organizada sobre la *superanarquía* de la pequeña producción conducía a un rendimiento tanto más grande que, además de la ganancia del capitalista particular y de una retención excelente de fondos para nuevas instalaciones y nuevos progresos, el obrero de la industria evolucionada ponía sobre su mesa platos desconocidos para el pequeño artesano.

Pero persiguiendo cada fábrica encerrada en sí misma y con su contabilidad de entregas y entradas del mercado, el máximo de su ganancia, en el curso del desarrollo los problemas del rendimiento general del trabajo humano son resueltos mal y directamente al revés.

El sistema capitalista impide plantear el problema de llevar al máximo no la *ganancia* sino el *producto* a igualdad de esfuerzo y de tiempo de trabajo, de modo que, retiradas las cuotas de la acumulación social, se pueda elevar el consumo y reducir el trabajo, el esfuerzo del trabajo, la obligación del trabajo. Preocupado sólo de realizar la posibilidad de venta del producto de la fábrica a un precio alto y pagar poco los productos de las otras fábricas, el sistema capitalista no puede llegar a la adecuación general de la producción al consumo y se precipita en las sucesivas crisis.

Por consiguiente, la *reivindicación socialista* se propone demoler no sólo el derecho y la economía de la *propiedad privada* sino, al mismo tiempo, la *economía de mercado* y la *economía de empresa*.

Sólo cuando se siga en el sentido que conduce a superar todas y cada una de estas tres formas de la economía presente : propiedad privada sobre los productos, mercado monetario y organización de la producción por fábricas, se podrá decir que se va hacia la organización socialista.

En lo que sigue se trata de ver cómo suprimiendo uno solo de sus términos la reivindicación socialista se viene abajo. El criterio de la economía privada individual y personal puede ser ampliamente superado en pleno capitalismo. Nosotros combatimos el capitalismo como clase y no sólo los capitalistas como individuos. Existe capitalismo cada vez que los productos son llevados al mercado, o "contabilizados" de alguna manera en el activo de la fábrica, considerada como isla económica en sí, aun si es muy grande, mientras son inscriptas en el pasivo las retribuciones del trabajo.

La economía burguesa es economía por partida doble. El individuo burgués no es un hombre, es una firma. Queremos destruir toda firma. Queremos suprimir la economía por partida doble, fundar la economía por partida simple que la historia conoce desde el instante en que el troglodita salió para recoger tantas nueces de coco como compañeros tenía en la caverna, y salió llevando sólo sus manos.

Todo esto lo sabíamos ya en 1848, lo que no nos impide seguir diciéndolo con juvenil ardor.

Después de haber advertido al lector que en el sistema socialista incluso el pronombre plural se vuelve un pronombre social, veremos que durante cien años han sucedido muchas cosas en el mecanismo de las relaciones que hemos considerado, cosas que nos han vuelto aún más duros en la defensa de las mismas tesis.

ELEMENTOS DE CRITICA POLITICA Y DE APRECIACION HISTORICA DE
LA JUNTA DE COORDINACION REVOLUCIONARIA LATINOAMERICANA (*)

En estos últimos años, en la América Latina, han venido realizándose una serie de reagrupamientos que, si se los somete a la crítica marxista, permiten una *clarificación* altamente positiva para la *preparación política* de la revolución en esta área del continente americano.

En 1975, por primera vez en muchísimo tiempo, el stalinismo latinoamericano en pleno se ha reunido en La Habana para sellar formalmente una realidad desde hace mucho consumada : el abandono de la bandera de la revolución antiimperialista y campesina por parte de los dirigentes cubanos (1).

(*)Este artículo ya había sido concluido cuando tuvo lugar el asesinato de numerosos dirigentes del PRT-ERP, entre los cuales Roberto Mario Santucho, en julio de este año, abatidos por las mismas fuerzas que han asesinado a tantos valerosos combatientes contra el imperialismo y sus aliados locales, en Chile, Uruguay, Argentina, para no citar más que los ejemplos más recientes y trágicos, y cuya represión feroz golpea con un puño de hierro todo aquél que, consciente u objetivamente, se enfrenta al statu quo. Estos asesinatos y esta represión han de reforzar no sólo el ardiente odio proletario y comunista contra las clases explotadoras y el imperialismo, en América Latina como en las metrópolis del imperialismo, sino también la férrea y lúcida voluntad de lucha por su abatimiento. Este es, en particular, el sentido de nuestra crítica.

(1)Cf. "Acerca de la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe : las vías que llevan a las cloacas de la historia", nº 21 de esta revista, septiembre de 1976.

Un año antes, el PRT argentino, el MIR chileno, el MLN "Tupamaros" uruguayo y el ELN boliviano anunciaron oficialmente la fundación de una Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), cuyas bases están enunciadas en su llamamiento "A los pueblos de América".

En estos 18 años que nos separan de la victoria de la revolución cubana, se ha efectuado una verdadera decantación en medio de una confusión política general, en la que las más variadas tradiciones se imbricaban en un florecimiento pasmoso de grupúsculos innumerables y sin mañana, cuya característica más sobresaliente era el aventurerismo, que no le cedía en nada a la falta de escrúpulos doctrinales y de principio.

La realidad misma ha obligado a las fuerzas sociales a polarizarse, sea en torno de tradiciones políticas internacionales más sólidas (como el stalinismo, las diferentes corrientes trotskystas), sea a pulir sus posiciones para responder a las exigencias acrecentadas impuestas por la historia.

La JCR surge como "coordinación" de movimientos que han nacido como escisiones o desprendimientos de partidos con los más variados orígenes, dando cuerpo, a escala de la región, a una tradición que aquí nos proponemos analizar políticamente y apreciar social e históricamente.

La incesante metamorfosis del socialismo pequeñoburgués...

Toda la segunda mitad del siglo XIX fue el teatro de una larga lucha doctrinal y política del socialismo proletario, es decir, del marxismo, contra las renovadas formas de un socialismo que pretendía conciliar la emancipación del proletariado con la sociedad *mercantil* y la producción pequeñoburguesa. El desarrollo político y económico de la sociedad moderna, la experiencia del movimiento revolucionario y la decadencia irremediable de la pequeña burguesía, trajeron aparejado el ocaso en las filas del movimiento obrero de los principios pequeñoburgueses de todo tipo, encarnados por el proudhonismo e - híbridamente - por el anarquismo. La eclosión del capitalismo y la agravación de la lucha de clases constituyeron los materiales decisivos de la propaganda a favor de las ideas del socialismo científico, según podía constatarlo Lenin en 1905, quien añadía que el retraso del desarrollo capitalista ruso explicaba el hecho de que diversas doctrinas socialistas retrógradas se mantuviesen sólidamente arraigadas en ese país, vehiculadas por el populismo y los s-r, cuya derrota teórica preludió la política en el fulgurante Octubre Rojo.

El stalinismo, a la vez que deshizo en Rusia al poder proletario, e internacionalmente al movimiento comunista, puso en circulación, con su teoría del "socialismo en un solo país", una nueva versión del socialismo pequeñoburgués, revigorizado ahora no sólo en las áreas donde el retardo social podía explicar su persistencia, sino también en las metrópolis imperialistas del capitalismo decadente.

Según la "nueva" doctrina, la eliminación de la explotación capitalista sería el resultado de las solas nacionalizaciones de las grandes empresas, cuya producción coexistiría con la pequeño-burguesa en el seno de un *mercantilismo* "socialista" armonioso, sin crisis ni antagonismos de clase, que conoce el *salario*, el *capital*, la acumulación y la economía *de empresa*, y que - a pesar de la *anarquía productiva* inherente a *todo* mercantilismo - podría ser, según el decreto teórico del "padre de los pueblos", planificada y regulada a voluntad.

Esta teoría vió incluso su influencia reforzada cuando las revoluciones burguesas anticoloniales, en China y, posteriormente, en Cuba, enarbolaron las banderas de ese mismo "socialismo" de opereta, que no encontró ya ante sí un fuerte movimiento comunista que combatiese sus pretensiones teóricas, como tarea indispensable de la batalla por la independencia de clase, y por consiguiente política, del proletariado.

En América Latina, todo aquél que cuestione su statu quo semicolonial y agrario reivindica "naturalmente" un supuesto socialismo, un socialismo en el que - como lo dice el programa del Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS), inspirado por el PRT - "la riqueza y el poder político están en manos de la clase obrera y el pueblo, es decir, de todos los oprimidos y explotados por el sistema capitalista y el imperialismo, donde la economía esté planificada de acuerdo a las necesidades del pueblo: LA PATRIA SOCIALISTA".

Todo el carácter pequeñoburgués de este "socialismo" está allí sintetizado: no se trata de la *supresión de las clases*, proletariado incluido, lo que ha de dar lugar a la sociedad socialista sin Estado y, por ende, *sin poder político*, a través de la destrucción de las relaciones sociales capitalistas y de la superación de la pequeña producción, sino de una sociedad utópica donde la riqueza y el poder estén en manos del magma popular, o sea, de los "obreros (en general), los trabajadores independientes, los artesanos, los pequeños comerciantes, los campesinos pobres y medios, los colonos, los aborígenes, los profesionales, los estudiantes e intelectuales progresistas, los maestros, los empleados; todos los explotados y oprimidos" (2).

El socialismo pequeñoburgués representa una utopía en un marco *nacional*, el máximo al cual puede elevarse por su naturaleza de clase, no pudiendo llegar a la visión *científica* de que el socialismo es la negación dialéctica, es decir, históricamente superadora, tanto del *pueblo* como de la *nación*, marco imprescindible del capitalismo en sus orígenes. *El Manifiesto* lo afirmó lapidariamente hace 128 años: *los proletarios no tienen patria*.

(2) *Bases programáticas para el FAS*, aprobadas por el 5º Encuentro de Sáenz Peña, noviembre de 1973.

... y del socialismo vulgar

Según el PRT, el aniquilamiento del capitalismo será la obra del conjunto del pueblo que, "unido como un puño cerrado, puede alcanzar la ansiada meta de liberación, derrotando a los explotadores u opresores" (3). Pues "no solamente a los obreros perjudica el capitalismo imperialista. Los monopolios perjudican también a los campesinos pequeños y medios, a los que oprimen y roban el fruto de su trabajo (...), a los desocupados y semidesocupados (...) a los empleados y maestros (...) a estudiantes, intelectuales, profesionales. Perjudican, oprimen y despojan, en fin, a todas las capas laboriosas de la población, saqueando a unos y a otros para aumentar sus ganancias. Todos estos sectores del pueblo, en consecuencia, están objetivamente interesados en la liberación nacional y social de nuestra patria y nuestro pueblo" (4).

Pasemos rápidamente sobre el hecho - de ninguna manera secundario - de que el ejército industrial de reserva y los obreros ocupados no pertenecen a clases diferentes, sino a la misma clase proletaria, y sobre aquel otro de que el campesino medio explota generalmente mano de obra asalariada. La inconsistencia de las bases teóricas de partida de semejante doctrina "de la explotación" salta a la vista:

"Buscar el criterio fundamental de las diferentes clases de la sociedad en sus fuentes de ingreso, equivale a situar en primer plano a las relaciones de distribución, que son en realidad el resultado de las relaciones de producción - escribía Lenin refutando al populismo ruso defendido por los s-r (5). Desde hace mucho tiempo este error fue criticado por Marx, quien calificaba de socialistas vulgares a aquéllos que caían en él. El criterio fundamental de las diferencias entre las clases es el de su ubicación con respecto a los medios de producción. La apropiación de tal o cual parte de los medios sociales de producción y su transformación en empresa privada para la venta de los productos, he aquí lo que distingue fundamentalmente a una de las clases de la sociedad contemporánea (la burguesía) del proletariado que, por su parte, está desprovisto de medios de producción y vende su fuerza de trabajo (...). El trabajo no es una categoría determinada de la economía política; solamente lo es la forma social del trabajo, la organización social del trabajo; dicho de otro modo: la relación entre los hombres según su participación en el trabajo social".

Como los socialistas vulgares criticados por Marx, como los populistas y los s-r rusos combatidos por Lenin, el PRT no distingue las formas fundamentales de las formas secundarias de la explotación económica y social capitalista, limitándose a decla-

(3) Ibidem.

(4) "Perspectivas del Frente de Liberación", *El Combatiente*, nº103, 2.1.74 .

(5) "El socialismo vulgar y el populismo", *Obras*, tomo VI.

mar contra "la explotación" en general. No comprende que "la explotación del trabajo asalariado constituye la base de todo el régimen de pillaje actual; que es ella la que implica la división de la sociedad en clases irreductiblemente opuestas, y que es sólo del punto de vista de esta lucha de clases que puede juzgarse de manera consecuente todas las otras manifestaciones de la explotación, sin caer en la imprecisión y en la ausencia de principios" (6). Desde este punto de vista, veamos la diferencia entre marxismo y socialismo pequeñoburgués.

Interclasismo de principio...

En los carriles de las ideologías pequeñoburguesas, el PRT ha ido aún más lejos que el viejo populismo ruso, que "sólo" teorizaba la "unidad estratégica y permanente" del proletariado, del campesino y de la "intelectualidad", y la extiende a toda la población comercial e industrial "trabajadora".

Al inspirarse en el maoísmo y en su "bloque de cuatro clases", el PRT no niega que existan diferencias y contradicciones en el seno del "pueblo", pero serían "contradicciones y diferencias secundarias, insignificantes frente al abismo que separa a todo el pueblo de los intereses de la burguesía y del imperialismo" (7). De este modo, esta corriente se sitúa de cuerpo entero en el interior de la metafísica propia de las ideologías pequeñoburguesas. Como lo afirmaba Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, los representantes ideológicos y políticos de la pequeña burguesía, es decir, de "una clase intermedia, en la que los intereses de dos clases opuestas se embotan los unos contra los otros, creen estar por encima de los antagonismos de clase; (reconocen) que tienen frente a ellos una clase privilegiada, pero ellos, con todo el resto de la nación que los circunda, forman el pueblo. Lo que ellos representan es el derecho del pueblo; lo que les interesa es el interés del pueblo. Por eso, cuando se prepara una lucha, no necesitan examinar los intereses y las posiciones de las distintas clases".

Muy alejado de toda visión idílica de las relaciones del proletariado con las clases medias, y ante el ocaso económico y social de la pequeña burguesía suscitado por el desarrollo de la gran producción capitalista, el marxismo muestra la triple tendencia: la ruina y la caída de capas pequeñoburguesas en las filas del proletariado; la transformación constante de estratos pequeñoburgueses en capitalistas agrarios, comerciales e industriales, pues el mercantilismo segrega ininterrumpidamente capitalismo a partir de la pequeña producción; y, finalmente, la defensa encarnizada por parte del pequeño productor de la *pequeña producción*.

(6) Lenin, *ibidem*.

(7) Véase nota 4.

"Es un error identificar y fundir el descontento del proletariado y el de los pequeños productores - subrayaba Lenin en 1902 (8). El descontento del pequeño productor engendra a menudo (y debe engendrar inevitablemente) el deseo de *defender su existencia de pequeño propietario*, es decir, de defender las bases del orden existente, e incluso de volver hacia atrás (...). Naturalmente, la lucha del pequeño productor se acentúa (...) Pero su "lucha" está dirigida *a menudo contra el proletariado*, pues su situación misma de pequeño productor *opone netamente* y en numerosos puntos sus intereses a los del proletariado (...). En forma afirmativa, tenemos el derecho (y el deber) de mostrar el *espíritu conservador* de la pequeña burguesía. Y es *sólo en forma condicional* que debemos hablar *de su espíritu revolucionario* (desde el punto de vista de la lucha por el socialismo, NdR). Sólo esta formulación responde exactamente a todo el espíritu de la doctrina de Marx. *El Manifiesto Comunista* declara francamente que "de todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. (...) Las clases medias - el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino - (...) *no son revolucionarias, sino conservadoras*; más todavía, son reaccionarias (...). Son revolucionarias únicamente (; "únicamente"!) cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado (...) cuando *abandonan* sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado".

Al nivel de principio, el proletariado revolucionario deberá defender la *persona* del pequeño productor aplastado por el gran capital, *y no su pequeña explotación*, y cuanto más "haga gala de "bondad" en la parte práctica de (su) programa hacia el pequeño productor (por ejemplo, hacia el campesino), más debe mostrarse "severo" en la parte *de los principios* hacia esos elementos sociales ambiguos e inestables, sin desviarnos para nada de *nuestro punto de vista*" (9).

(8) "Observaciones al IIdo. Proyecto de Programa", *Obras*, tomo VI.

(9) Lenin, *ibidem*. Al pie de la página, Lenin cita la *Crítica al Programa de Erfurt* de Engels :

"En lugar de (la) frase declamatoria, que parece como si nos lamentásemos (!!) de la ruina de los burgueses y de los pequeños burgueses, yo me limitaría a consignar el simple hecho de que la ruina de las clases medias de la ciudad y del campo, de los pequeños burgueses y de los pequeños campesinos, viene a ampliar el abismo existente entre los poseedores y los desposeídos."

Y Lenin agrega : "El proyecto de programa de Erfurt contenía el pasaje siguiente :

"En esta lucha emancipadora, la socialdemocracia, en cuanto defensora no solamente de los asalariados, sino también de todos los explotados y oprimidos en general, apoya todas las reivindicaciones, medidas e instituciones que son aptas a mejorar las condiciones del pueblo en general y de la clase obrera en particular".

"Engels aconsejó *positivamente* el tachar todo este pasaje, sin dejar de ironizar : "el pueblo en general (¿qué es eso?)" "

Totalmente extraño a los principios marxistas, el PRT sostiene por su parte que todas las capas del "pueblo", que convergerían al frente de clases con miras a la revolución socialista, "*no renuncian a sus intereses específicos*" (10). La revolución socialista resultaría así de la *confluencia*, apoyándose en sus *propios* intereses de clase, del conjunto de las "masas trabajadoras" ; eterna resurrección de la metafísica "popular"!

Asimismo, el PRT rompe enteramente con los principios marxistas en la cuestión del Estado, al reivindicar un gobierno "obrero y popular" como vía de paso del capitalismo al socialismo, un gobierno que expresaría la dominación política del conjunto de las "clases trabajadoras". Ello significa infringir totalmente el principio comunista de la *dictadura del proletariado*, pues "la idea de la "dictadura" es incompatible con la *afirmación* de un apoyo exterior acordado al proletariado." (11). El principio de la dictadura proletaria es indisociable no sólo de la guerra contra la burguesía y sus necesarias tentativas de restauración del poder capitalista, sino también de la lucha por enfrentar y neutralizar, gracias a la fuerza del Estado proletario, las *ineluctables* oscilaciones de la pequeña burguesía en esta *guerra civil* que se libran las dos clases fundamentales de la sociedad moderna.

... y frontismo de principio

Pero hay peor aún... si cabe la expresión. A este interclasicismo de principio se yuxtapone un frontismo político *de principio*, pues el "gobierno obrero y popular" debería estar ejercido por un frente político (el FAS), constituido a su vez por "todos los grupos, partidos, agrupaciones políticas revolucionarias y progresistas (?!) que sean expresión de este pueblo" (12).

En la visión del PRT, el partido proletario no es portador de guerra social y política "en el seno del pueblo", sino de frentes políticos y de alianzas entre las "clases trabajadoras", inspirador de una "lucha ideológica y política pacífica (que) no melle la unidad".

Dejemos por el momento de lado la cuestión contingente de saber con qué fuerzas *francamente burguesas* y *declaradamente oportunistas* o *reformistas* (en el viejo sentido socialdemócrata del término) el PRT cuenta para instaurar un "gobierno obrero y popular socialista". A nivel de doctrina general, ello equivale a violar enteramente el principio del marxismo que reivindican *verbalmente*, según el cual el poder político proletario ha de ser ejercido *por el solo partido comunista*; ello implica conculcar el objetivo de *neutralizar*, luego de la conquista del poder, a las "capas trabajadoras" *en general*, y atraerse - "en la medida de lo posible", aclaraba Lenin (13) - a las capas *semiproletarias*, *semi-*

(10)cf. nota 4.

(11)Lenin, *ibidem*.

(12)cf. nota 2.

(13)"Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado", *Obras*, tomo 30.

pequeñoburguesas, no explotadoras, y arrancarlas a la influencia y a la dirección de los partidos burgueses, pequeñoburgueses y oportunistas, a los cuales no ha de dárseles tregua alguna, debiéndose hacer pesar sobre ellos la dura mano de la coerción revolucionaria.

Planteo general de nuestra crítica

Nuestra crítica del carácter *incordicionalmente reaccionario* de la doctrina y de los principios del PRT - y, más allá, de la JCR - en cuanto aparecen en la arena política en calidad de teoría para la dirección de la lucha *del proletariado* con miras a su emancipación revolucionaria, puede y debe ser aún desarrollada, no sólo sobre la base de lo que esta corriente piensa de sí misma, sino también de lo que *es* y está obligada *a ser*. En otros términos, su doctrina, sus principios y su programa tienen que ser analizados todavía en el marco general de la revolución en Latinoamérica, en el conjunto de las relaciones de clase, de las tendencias económicas, sociales y políticas profundas de *todas* las fuerzas presentes y actuantes en un área geo-histórica en la cual el desarrollo de las fuerzas productivas hallan los escollos fundamentales de la dominación imperialista, que se expresa en el carácter semicolonial de la región, y de una estructura agraria latifundaria con sus relaciones sociales y económicas retrógradas (14). El proletariado revolucionario debe seguir muy de cerca la teoría y la praxis de estos verdaderos "s-r nuevo estilo", en una región donde los objetivos económicos y sociales *inmediatos* de la revolución no salen y no pueden salirse del marco burgués, de los límites del mercantilismo.

Más aún, el logro de estos objetivos revolucionarios, anti-imperialistas y agrarios, crearía aquí por primera vez las condiciones de un amplio y vigoroso desarrollo del capitalismo, de un capitalismo liberado del peso muerto de relaciones agrarias arcaicas y de la carga del capital imperialista, que gangrenan el conjunto de la sociedad.

Contenido histórico de la revolución en Latinoamérica

La ironía de la historia consiste en que aquéllos que sostienen que la revolución en Latinoamérica es inmediatamente socialista, como en el caso de la JCR (15), son en realidad, y en el *mejor*

(14)Cf. "Sobre la revolución americana" en el nº19 de esta revista, enero de 1976.

(15)"El nuevo auge revolucionario de nuestros pueblos (...) pone en pie millones y millones de trabajadores y (...) se encamina inexorablemente hacia la segunda independencia, hacia la definitiva liberación nacional y social, hacia la definitiva eliminación del injusto sistema capitalista y el establecimiento del socialismo revolucionario" ("A los pueblos de América Latina", Declaración constitutiva de la JCR, 1974).

de los casos, revolucionarios pequeñoburgueses que no pueden ni podrán superar jamás los límites del capitalismo, mientras que sólo el proletariado revolucionario, que ha de reconocer francamente el contenido económico y social burgués de los objetivos revolucionarios inmediatos, podrá - gracias a la conquista del poder en el curso de la revolución en permanencia - integrarla a la *revolución americana* y, más allá, mundial, y una vez logrado el enlace con la revolución victoriosa y puramente proletaria en los EEUU, quemar las etapas del desarrollo histórico merced al potencial técnico de las metrópolis del capitalismo hiperdesarrollado, que es la base material del "plan único de la economía mundial". Entonces sí se podrá pasar en la América Latina al ataque contra las relaciones burguesas y la anarquía de la producción pequeñoburguesa.

Es cierto que la revolución en la América Latina posee características nacionales, porque ha de destrozarse la dependencia semicolonial y afrontar fuerzas preburguesas; pero justamente por ello, por el atraso general de toda esta área geohistórica que pone al orden del día una *revolución impura*, sus objetivos económicos y sociales no pueden ser socialistas. Es exacto que aquí una revolución radical habrá de enfrentarse y golpear rudamente a la burguesía, e incluso es más que probable que - como en el curso de la revolución rusa - si el proletariado consigue tomar su dirección, arrastrando tras de sí a las grandes masas campesinas y a las enormes masas semiproletarizadas urbanas, deberá administrar la esquelética industria de la zona, por la fuga de los capitalistas; pero ello no le dará la base material para abordar las transformaciones socialistas. Es correcto que la revolución campesina habrá de destrozarse las actuales estructuras latifundarias, pero su victoria más radical no conducirá a la supresión de la economía mercantil, cuyo desarrollo por el contrario ella favorecerá, ni por ende a superar el capitalismo agrario, la explotación del proletariado y del semiproletariado agrícolas por los kulaks y los mujiks.

No es por medio de la alianza con las clases genéricamente "trabajadoras" locales que el proletariado latinoamericano podrá emanciparse del capitalismo, sino a través de su estrecha unión con el proletariado mundial, arrastrando tras de sí a las masas semiproletarizadas, y neutralizando, gracias a su ejercicio dictatorial del poder, las inevitables oscilaciones de las grandes masas pequeñoburguesas entre la dictadura del proletariado y la dictadura de la burguesía.

El proletariado ha de saber, y de esa conciencia debe extraer renovadas energías y una férrea voluntad de intransigencia y autonomía de clase, que la revolución en la América Latina podrá integrarse a la lucha mundial por la revolución comunista sólo si la clase obrera local, organizada y dirigida por su partido de clase, *actuando entonces como destacamento del proletariado internacional*, hará de aquella un frente de una batalla mundial, y de su conquista del poder la condición *política* de los traspasos socialistas, que serán únicamente posibles en un marco que supera los estrechos límites de la región; es decir, sólo si cumple con todos esos requisitos que ningún movimiento pequeñoburgués, con

una visión nacional, y cuanto mucho subcontinental de la revolución (16), con una concepción de pacotilla del socialismo, y finalmente con principios interclasistas y frontistas, podrá llevar jamás.

La revolución en América Latina concierne doblemente al proletariado. En primer lugar, la clase obrera latinoamericana ha de combatir decididamente los factores que traban el parto y el desarrollo de la sociedad burguesa moderna, para poder hallar en la exacerbación de la lucha de clases de ésta la vía de su emancipación definitiva. En segundo lugar, y a escala mundial el primero en importancia, porque la revolución latinoamericana es simultánea y necesariamente una guerra contra el baluarte de la reacción capitalista, contra el bastión económico, político y militar máximo del sistema imperialista, cuya derrota equivaldrá a la consolidación definitiva de la revolución proletaria internacional : el imperialismo americano.

Es por ello que nosotros preferimos mil veces a los "buenos" revolucionarios pequeñoburgueses contra el latifundio y el imperialismo, a los "malos" socialistas : los primeros hacen avanzar la rueda de la historia; los segundos la atacan, e incluso la hacen volver atrás.

Las dos vías de las transformaciones burguesas

Tres grandes fuerzas fundamentales han marcado todo el curso de la historia latinoamericana del siglo XX, las que no excluyen las imbricaciones y los más variados matices.

En primer lugar, la defensa del statu quo económico, social y político, en torno de la alianza *de base* casi constante (aunque no sin roces secundarios) del imperialismo con los grandes terratenientes y la gran burguesía autóctona, que está representada por una amplísima gama de regímenes que van hoy en día del parlamentarismo (Méjico, Colombia, Venezuela) al "gorilismo" desenfrenado (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay).

En segundo término, la del *reformismo*, que trata de asegurar *gradualmente* las transformaciones de las relaciones agrarias y con el imperialismo en función de las necesidades crecientes del desarrollo económico y social. Es la vía que trata de *adaptar* lo viejo a lo nuevo, de lograr la *evolución* de las relaciones en el campo en un sentido burgués, la liquidación del latifundio y la continua renegociación de la dependencia semicolonial de estos países *por arriba*, lejos de la acción revolucionaria directa y decidida de las masas obreras, campesinas y plebeyas urbanas (sobre todo las semiproletarizadas, en constante aumento por la do-

(16)"(Nuestro objetivo es) expulsar al imperialismo yanqui y europeo del suelo latinoamericano, país por país, e iniciar la construcción del socialismo en cada uno de nuestros países, para llegar el día de mañana a la más completa unidad latinoamericana" (ibidem). Recordemos además la divisa del PRT : "Vencer o morir por la Argentina", y la del MIR : "Patria o muerte"!

ble acción tendencial del latifundio y del imperialismo). El reformismo intenta lograrlo por medio de la extensión de su influencia en las estructuras del Estado, asegurando así el máximo de adaptación de las clases dominantes, de continuidad del aparato estatal, y el amoldamiento progresivo del sistema imperialista a las necesarias transformaciones en uno de sus miembros esenciales (como el régimen militar peruano).

Finalmente, la tercera fuerza es la portadora de la vía de las transformaciones burguesas *por abajo*, la de la *destrucción radical* de las estructuras agrarias y la del enfrentamiento revolucionario con el imperialismo, la de la liquidación hasta las raíces del poder y del Estado de las clases dominantes, la de la lucha insurreccional y terrorista de las masas populares; es la vía transitada por los movimientos de Zapata, de Sandino, de las masas obreras y campesinas bolivianas a inicios de los años cincuenta, y por la revolución cubana en sus inicios. Por doquier, se da aquí una confluencia profunda entre los movimientos obrero, campesino y plebeyo revolucionarios, en la medida en que todos convergen objetivamente al enfrentamiento contra enemigos comunes coalizados, aunque en la mayoría de los casos esa confluencia o no se ha cristalizado, o el reformismo y sus lacayos han logrado evitarla.

Parafraseando a Lenin, podemos y debemos afirmar que el movimiento comunista debe sostener, no la evolución burguesa *por arriba*, sino el desarrollo burgués *por abajo*. La primera equivale a mantener al máximo las formas arcaicas agrarias (adaptadas a la manera burguesa), a preservar al máximo la influencia del imperialismo, a desarrollar lo más lentamente posible las fuerzas productivas, a desarrollar el capitalismo a paso lento y, como consecuencia de todo ello, a trabar al máximo el desenvolvimiento de la lucha de clases de la sociedad moderna; ella implica calamidades y tormentos infinitamente más grandes, la explotación y la opresión de las amplias masas del campesinado y, por consiguiente, también del proletariado. El segundo equivale al más rápido desarrollo posible de las fuerzas productivas, a crear las mejores condiciones que sean posibles en el marco de la producción mercantil de existencia de la masa campesina y plebeya y, por ende, la más rápida y libre diferenciación y lucha de clases.

Es una línea de principio (para utilizar una palabra de moda en el léxico de cierta "izquierda", podría decirse *estratégica*) del movimiento comunista, y esta línea es también la de la delimitación del carácter radical del inconsecuente de toda corriente política en la revolución latinoamericana, el potenciar, radicalizar y propulsar la revolución *por abajo*, defendiendo su *total autonomía* frente a las tentativas de transformación *por arriba*, a la que ha de combatir del modo más *intransigente*, como a las fuerzas políticas que la encarnan. Pero para ello hay que poder mantener dichas autonomía e intransigencia ante *las dos* tendencias en las que se ha cristalizado el reformismo, tendencias que no están separadas por una muralla de China, como tampoco lo están las fuerzas sociales y políticas en las que se apoyan: nos referimos al *reformismo burgués* y al *pequeño-burgués*.

Toda la historia de la América Latina estigmatiza la infamia de la burguesía reformista que, como la alemana de 1848 y la rusa en las dos primeras décadas del siglo XX, sólo ha representado intereses renovados en el seno de un régimen caduco, cuya continuidad ha contribuido a defender hasta llegar a asumir la represión caníbal de las masas trabajadoras, la lucha de las cuales había utilizado como moneda de cambio (proletariado y pequeña burguesía radicalizada en Argentina (17); campesinado en Méjico y Colombia); cobijándose bajo el ala del *gorilismo* cada vez que la agudización y la eclosión de los antagonismos de clase han podido representar un peligro cualquiera para la permanencia fundamental del sistema (como en el caso del alineamiento de la Democracia Cristiana con el "pinochetazo"); y desinflándose como un globo hueco cuando la relación de fuerzas se le vuelve desfavorable en el interior del Estado (como en la Argentina de 1955 , como en el Brasil de 1964).

Así como la burguesía reformista, verdadera ala "cadete" a la salsa latinoamericana, trata de apoyarse en la fuerza económica y social de su clase para conseguir transformaciones más o menos timoratas que le son necesarias, manteniendo el máximo de continuidad política, social y económica *como garantía y barrera contra la Revolución* (contando para ello a veces con el apoyo del mismo imperialismo, como fue el caso de la Democracia Cristiana en Chile, luego de los acuerdos continentales adoptados en la Conferencia de Punta del Este, de miedo a la ola propagada por la revolución cubana), así las direcciones pequeñoburguesas reformistas, políticamente cobardes ante las clases dominantes e históricamente impotentes (como la Unión Popular en Chile), cuentan con la "presión de las masas trabajadoras" para suscitar y hacer avanzar la vía reformista, a la rastra de o en alianza con la burguesía, y confían en que su influencia sobre esas mismas masas, y en particular la del stalinismo sobre los obreros, para mantenerlas dentro de límites compatibles con los principios del reformismo.

Estas dos tendencias están estrechamente entrelazadas en toda la historia contemporánea, los ejemplos más recientes y trágicos han sido el de Chile, primero bajo Frei, más tarde con la Unión Popular (18); el del Uruguay, con la tentativa del "Frente Amplio" en 1971, bloque político que agrupaba 22 organizaciones, entre las cuales el PCU, la Democracia Cristiana, tránsfugas de los partidos tradicionales, etc., y que estaba capitaneado por el General Seregni, quien declaraba que "nos queda muy poco tiempo para evitar la aceleración del proceso revolucionario o la dictadura total" (19); el del Brasil de Goulart; el de la Argentina del gobierno peronista, apoyado por stalinistas y maoistas. La lista completa sería larguísima.

Las dos vías esenciales del desarrollo burgués se rechazan mutuamente. Precisamente por ello carece de todo sentido histórico hablar de un apoyo revolucionario a las transformaciones

(17) Véase "Argentine : un premier bilan", *Le Prolétaire* nº202.

(18) Cf. "Ninguna clase puede vencer sin insurrección violenta, ni conservar el poder sin dictadura y terror" en el nº11 de esta revista, Octubre de 1973.

(19) Cf. A. Labrousse, *Les Tupamaros*, p.192.

por arriba, o a la política de sus agentes. Existe sí una estrategia revolucionaria para lograr la destrucción del latifundio y de la dominación imperialista; es por su intermedio exclusivamente que el movimiento comunista traduce *el principio* del apoyo a la lucha revolucionaria de la burguesía : a la del campesinado revolucionario.

La incompatibilidad histórica de aquellos dos caminos se traduce en el hecho de que jamás sus artífices han construido sus victorias respectivas dando su apoyo a la otra, sino combatiéndola consecuentemente en todos los planos. Bismark y la vía "junker", contra los obreros y campesinos, por un lado; los bolcheviques y la revolución agraria radical, contra el zarismo, sus Stolypins y la burguesía constitucionalista, por el otro, libraron cada uno a su modo una batalla *ejemplar* por su intransigencia. Es más, la revolución rusa sólo pudo vencer cuando se destruyó entre las masas obreras y campesinas la influencia de esos partidos que, como los mencheviques y los s-r, apoyaron a la burguesía "cadete", e incluso debió vencerse *contra las oscilaciones* de los s-r de izquierda, aquellos "representantes" del campesinado revolucionario que no habían roto los puentes con el reformismo del gobierno provisorio, poniéndolos frente a los hechos consumados de la toma del poder por el proletariado y de la victoria de la revolución campesina. Hay que estar engeguado, o ser traidor a la revolución, para no ver que también en la América Latina las fuerzas sociales y políticas revolucionarias han debido enfrentarse y romper en toda la línea con las corrientes reformistas, si han querido permanecer en el terreno de la revolución (véase el despido de Prío Socarrás del gobierno revolucionario cubano; la guerrilla de Zapata contra el de Carranza), mientras que han abdicado o esterilizado su función subversiva en la búsqueda de la alianza con las fuerzas del reformismo (como el castrismo actual y el stalinismo de siempre a la caza de la "burguesía nacional progresista").

La JCR : un radicalismo inconsecuente

La JCR preconiza la vía de las transformaciones revolucionarias, y su denuncia de las variantes reformistas es explícita y tajante (20) .

Pero una vez llegados a esta conclusión que, por cierto, no es nada desdeñable, tergiversan, oscilan y retroceden ante las consecuencias que deben extraerse de ello. De entrada, y no se sabe por qué milagro del Espíritu Santo, el reformismo burgués es señalado como enemigo, mientras que el pequeñoburgués lo es como "concepción (!) errónea" (21). Es más, según el PRT, las organizaciones reformistas que actúan entre las masas trabajadoras, y que, precisamente por ello, son los agentes pequeñoburgueses del reformismo, han de ser regenerados gracias a la revolución... que ellas combaten :

"Si elevamos el nivel de conciencia de la vanguardia prole-

(20)Cf. "A los pueblos de América Latina".

(21)Ibidem.

taria y si conducimos un trabajo constante de explicación entre las masas, el proletariado y nuestro pueblo serán capaces, política e ideológicamente, de combatir las enfermedades populistas y reformistas y de extirparlas definitivamente del campo popular, al mismo tiempo que tomará a su cargo las organizaciones y los compañeros afectados por este virus. Entonces ellos podrán abrazar la causa obrera y popular, la causa de la liberación nacional y del socialismo, la causa de la guerra popular y revolucionaria" (22).

Es así que "el FAS surge (...) en la necesidad de unir todas las fuerzas del conjunto del pueblo ya sean socialistas, comunistas, peronistas progresistas y revolucionarias, radicales y cristianos de izquierda..." (23).

Al querer forzar la mecánica política, se engañan a sí mismos y a las fuerzas sociales que han de hacer girar la rueda de la Historia. En el fuego de la revolución se forja el acero, pero la escoria se consume. ¿Es necesario acaso recordarles la infamia permanente de la socialdemocracia latinoamericana, desde la primera guerra mundial hasta su ignominiosa capitulación en Chile?; ¿la del "radicalismo" (sic) argentino con su gestión del Orden establecido, hasta su apoyo entusiasta de la represión militar-peronista de las masas... y del mismo PRT?; ¿la trayectoria del peronismo "de izquierda", cuyo terrorismo siempre se ha situado en la línea de principio del reformismo burgués, lo que lo ha llevado a apoyar toda la fase de la puesta a punto de la ofensiva burguesa contra las masas trabajadoras, de 1973 a 1974?; ¿el "curriculum vitae" del stalinismo latinoamericano que, tras favorecer la consolidación del imperialismo americano antes, durante e inmediatamente después de la II. Guerra, ha tenido aquí como norte, no tanto la defensa de la democracia parlamentaria (que ya de por sí es un punto cardinal contrarrevolucionario), lo prueba el apoyo del PCP al "stolypinismo" militar peruano, como la alianza de las dos corrientes reformistas, antes de terminar, en Argentina y Chile, reclamando la del reformismo y el gorilismo?; ¿y extenderse sobre el "potencial" histórico de un PCC que esperaba "ver si los (putchistas chilenos) cerraban o no el Parlamento" para decidirse o no a llamar las masas a un combate *no preparado* (24), y el de un PCA que encontró aspectos positivos

(22) "Réformisme et populisme" en *Textes et Documents du PRT-ERP : La guerre populaire en Argentine*, pp.67-68.

Esta concepción es también la de "Tupamaros" (cf. la entrevista acordada por un dirigente de esta organización a la revista chilena *Punto Final* (2.6.68) y vuelta a publicar por A.Labrousse, *op.cit.*, p.46). En lo que concierne al MIR, éste piensa "constituir un bloque revolucionario y socialista" impulsando "el reagrupamiento de la izquierda en su conjunto" ("Le MIR s'adresse aux camarades de la gauche chilienne réfugiés à l'étranger, aux camarades travailleurs de tous les pays et à l'opinion publique internationale", en *Bulletin du MIR*, París, 1974, p.7, inciso 3.2).

(23) Documento político y programa del FAS, 6º Congreso. Anteproyecto de resoluciones.

(24) Cf. "La táctica del MIR en el período actual" en *Correo de la Resistencia*, Ed. Especial, abril de 1975.

que convergen con su línea, en el golpe militar del 24 de marzo de 1976 (25), cayendo así *mucho más bajo* que el menchevismo ruso, quien por lo menos llamó verbalmente las masas al combate contra la reacción korniloviana?

La inconsecuencia de la JCR, su tendencia característica a borrar límites tajantes, a redondear los ángulos que son tanto más agudos cuanto más maduran y se desencadenan los antagonismos sociales, no se limita al ala pequeñoburguesa del reformismo, precisamente porque no existen fronteras históricas entre las dos corrientes reformistas. Es así como alas enteras del reformismo burgués, que había sido lúcidamente denunciado por disputarse "los favores del imperialismo mediante el truco de presentarse como bomberos del incendio revolucionario", se transforman, por obra de un Espíritu Santo que para el marxismo tiene *materiales raíces de clase*, en un aliado potencial, aunque temporal, en la lucha contra la reacción gorila.

El MIR sostiene que una de las tareas prioritarias en Chile es hoy "la constitución de un frente político de la resistencia que integre todas las fuerzas políticas dispuestas a combatir la dictadura gorila: la Unidad Popular, el sector progresista de la Democracia Cristiana y el MIR". De este modo, "con el desarrollo de un frente de resistencia a la dictadura esperamos formar una amplia alianza con las capas medias y los sectores democráticos de la burguesía (...) acentuando (así) las contradicciones en el seno de la burguesía" (26).

Por su parte, el PRT hace un llamado a la unidad en un Frente Antifascista y Antiimperialista de todas las "fuerzas populares" y del reformismo burgués contra la reacción, que él califica - erróneamente - de fascista :

"Las fisuras que presenta el frente burgués, que difícilmente puedan ser cerradas en el futuro próximo y la decidida predisposición de las masas a la lucha, señalan la excelente posibilidad para el desarrollo de un amplio movimiento democrático (...) Partidos políticos, como el PC, que pese a sus vacilaciones frente al gobierno peronista, se enfrenta (resic) al fascismo, o el Partido Peronista Auténtico (27). Junto a ellos otras organizaciones como el Partido Intransigente, y otras expresiones de la pequeña burguesía y de la burguesía, enfrentadas al gobierno, sólo en el Frente Democrático encontrarán un vehículo útil y eficaz en la lucha por la vigencia de la democracia" (28).

Pasemos por alto el hecho de que la "oposición" del PCA consistió en *reclamar* un gobierno cívico-militar (!), oponiéndose al "aventurerismo" de las masas obreras que se defendían contra todo el andamiaje militarodemocrático; que la "oposición" del PPA residió en *solicitar* elecciones, y la de ciertas expresiones de

(25) Véase "Argentine : du régime constitutionnel au régime militaire (et viceversa)", *Le Prolétaire* nº218, 17-30.4.76 .

(26) *Bulletin du MIR*, pp.7 y 12.

(27) Trátase del "camporismo" que, al frente del Estado puso los jalones preliminares de la futura ofensiva antipopular militaroperonista, antes de ser despedido... administrativamente.

(28) *El Combatiente* nº161, 31.3.75 .

la burguesía reformista en *lides parlamentarias*. Sobre un plano más general, cometen dos errores fundamentales relativos a la "radicalización" del reformismo y a la "legalidad democrática".

La "radicalización" del reformismo se reduce al ejercicio de una "presión" sobre el Estado y las clases dominantes con miras a la transformación *por arriba*, mientras que la radicalización de las masas revolucionarias es la de la lucha por las transformaciones *por abajo*, necesariamente contra los agentes de la primera. El problema no es formalmente lógico, sino *histórico*. "Chassez le naturel, il revient au galop", acostumbraba recordar Lenin. Torturaos el cerebro para ver cómo poder aunar lo que se excluye, los hechos terminarán por despertar, quizá no a los hipnotizados por los principios frentistas, pero sí a las masas, con tal que el partido revolucionario de clase mantenga incólume su independencia e intransigencia.

Por otro lado, los revolucionarios radicales no pueden presentar como objetivos ni la defensa de una democracia parlamentaria que ha demostrado ser en su larga trayectoria latinoamericana - para no hablar más que de la experiencia "local" - un formidable instrumento del statu quo y barrera de contención de la revolución, ni la salvaguardia de la legalidad de las clases enemigas que la revolución deberá destruir. No existe defensa revolucionaria de una legalidad contrarrevolucionaria. El movimiento comunista ha de hacer suyo, y debe hacer penetrar profundamente entre las masas, la conciencia de que aquí, como en la revolución rusa, y aún más que en ella (donde el régimen zarista excluía *toda* democracia, donde el posterior régimen democrático-burgués de febrero no poseía más que *endebles* raíces sociales), un nuevo Octubre Rojo, a la cabeza de la revolución campesina y antiimperialista, sólo será posible sobre el cadáver del parlamentarismo y de todas sus Asambleas Constituyentes.

La violencia de la reacción gorila exige ciertamente del partido proletario una táctica eficaz respecto a fuerzas, ante todo obreras, influenciadas por el reformismo, y una acción específica en el seno de las organizaciones *abiertas* que agrupan masas que el partido deberá dirigir, arrastrar o neutralizar, pero esa táctica no puede entrar en contradicción con dos principios fundamentales de la preparación de la revolución latinoamericana: el reforzamiento de la organización y de la lucha de las clases que están a la base de la revolución - y, *en primer lugar*, la organización *independiente* del proletariado - contra todos los puentes que pretende echar el reformismo para ligarlas a su vía, entre los cuales se halla la "defensa de la legalidad democrática"; y la alianza del proletariado con las masas plebeyas y campesinas revolucionarias, *contra las fuerzas del reformismo*.

La historia tiene leyes que ninguna táctica puede violar. La corriente que nos ocupa ha buscado arrastrar al reformismo; en cambio, ha sido literalmente atraída sobre el terreno específico de aquél. Ha tratado de movilizar las masas para una supuesta defensa revolucionaria de la vía reformista, de cuyo impulso se impondría finalmente la vía revolucionaria; en cambio, ha colaborado descabellada e inconscientemente en la obra reformista.

El MIR aportó su apoyo a la Unión Popular, yendo hasta asegurar la guardia personal de Allende (29). Sobre su huella, los Tupamaros se movilizaron para sostener al Frente Amplio (30). De este modo, demostraron no poseer una doctrina coherente de la revolución. Que la propaganda "paralela" acerca de la necesidad de la lucha armada y de la movilización revolucionaria autónoma estuvo muy lejos de contrarrestar esos efectos, y conducirlos a prepararse y a preparar a las masas - contra toda la política reformista - al enfrentamiento con la reacción gorila, ello está implícitamente reconocido *a posteriori* por el mismo MIR :

"*tratábamos de empujar (!) al centrismo hacia posiciones revolucionarias (...)* Nuestra respuesta (ante el golpe de Estado) no fue la esperada (...). Tres cuestiones debilitaron enormemente nuestra capacidad de respuesta : el estado de ánimo de las masas y de la tropa después de semanas de inicio de la capitulación del gobierno, la sorpresa y la poca resistencia del gobierno y de la Unión Popular, *que era todo (!) el tiempo orgánico que contábamos para constituir nuestra fuerza (...)* No siempre el conjunto del Partido (¡no es de sorprender!, NdR) valoró correctamente las tareas militares, y como ya vimos, nuestro trabajo en las FFAA, a pesar de sus logros, sólo fue impulsado, con las fuerzas que requería, a fines de 1972" (31).

Estas pocas líneas contienen la condena más tajante de los principios tácticos de esta corriente. El haber caído en estos errores fundamentales se ha visto agravado trágicamente por emerger de semejante derrota confirmando (32) una orientación inconsecuente y finalmente grávida de derrota.

Esta corriente ha llegado a jugar, en Chile y Uruguay, el papel de ala extrema del reformismo. Pero sería hacer gala de estrechez y miopía el identificarla sin más con aquél, del cual no está separado, por cierto, por murallas infranqueables. La capitulación del MIR y "Tupamaros" y la intransigencia (no sin oscilaciones) del PRT ante el reformismo, y - simultáneamente - la constitución de la JCR que consagra el reconocimiento de una matriz *común* que alía eclécticamente el reconocimiento de la vía revolucionaria a prejuicios reformistas, son pruebas históricas irrefutables del carácter *oscilante* de la pequeña burguesía, incluso de la más radical, su incapacidad de conducir una lucha sistemática, tenaz y consecuente.

La aparición de esta tendencia es una confirmación del carácter impuro de esta revolución, y al mismo tiempo de su madurar.

(29) Cf. "Las "lecciones" del MIR" en el nº15 de esta revista, Noviembre de 1974.

(30) "Nosotros (Tupamaros) pensamos que la victoria de Allende es un hecho muy positivo. Hay que considerar con atención lo que puede aportar como lecciones con respecto a las vías de acceso al poder (...). Y la posición adoptada por el MIR chileno ante Allende nos parece muy clara : es el momento de poner hombres y armas al servicio del programa del gobierno de la izquierda chilena" (A. Labrousse, *op. cit.*, p.201).

(31) Véase "La táctica del MIR...", pp.33-35.

(32) *Ibidem.*, p.37.

Luego del impulso dado por la revolución cubana a los movimientos con un fondo agrario, el desarrollo de los "Tupamaros" y del PRT, y aun el del MIR, en países preponderantemente urbanos desde un punto de vista social, es la prueba de que la presión conjugada del latifundio (que suscita un gigantesco éxodo rural al mismo tiempo que es un freno a la industrialización) y del imperialismo (que ejerce simultáneamente un efecto acelerador de la disgregación de las viejas estructuras y de la formación de embriones de capitalismo moderno, pero también de obstáculo a la extensión vigorosa de las nuevas formas económicas y sociales) empuja masas plebeyas urbanas a la revolución.

Su actual pérdida de terreno en Chile y Uruguay, como resultado de la ofensiva del gorilismo triunfante, no es decisiva. Las condiciones históricas de la América Latina dan lugar inexorablemente a la acción de fuerzas políticas que son *tanto más eclécticas* cuanto más se adaptan a las oscilaciones orgánicas y relativamente *más acentuadas* de las capas intermedias urbanas con respecto a las rurales, que luchan contra los obstáculos que traban el desarrollo social burgués, y que acarrearán mistificaciones y utopías pequeñoburguesas.

La independencia de clase del proletariado, garantía de la acción revolucionaria consecuente

Las diferencias de clase entre el proletariado y los pequeños productores vuelven los principios del interclasismo y del frontismo *absolutamente incompatibles* con la revolución socialista. La doble naturaleza de la pequeña burguesía hace que esos mismos principios son característicos de movimientos *inconsecuentes* en la revolución semicolonial y campesina. La total independencia política del proletariado es necesaria no sólo para afrontar las tareas inmensas de su revolución socialista, sino aún para asegurar una sólida línea radical en la revolución latinoamericana. Sólo el proletariado puede ser un combatiente *consecuente* contra el imperialismo, el latifundio y sus aliados burgueses, pues, en primer lugar, él es quien más sufre de la presión que aquellas fuerzas ejercen sobre las masas trabajadoras, y además, siendo sin reservas, sin posibilidad alguna de acceso a las migajas del Estado y de las clases dominantes, salvo minorías *traidoras* a su clase, no puede hallar paliativo alguno a su situación en esta sociedad.

El apoyo decidido del movimiento comunista a la revolución latinoamericana debe tener pues como condición absoluta la defensa más intransigente de su autonomía de clase; es esa celosa y constante independencia la que hará posible despertar, educar, propulsar y conducir a la acción revolucionaria otras fuerzas sociales aplastadas por este régimen económico y político, y contrarrestar decididamente su falta de constancia y sus tendencias reaccionarias.

Este apoyo no supone ni requiere ningún compromiso con los programas y principios no comunistas; no es más que el apoyo a un aliado contra enemigos *determinados*, sin esperar nada para sí mismo de esos aliados *circunstanciales*.

Sólo son fuertes los combatientes que se apoyan en intereses bien definidos de clases determinadas. La extrema dificultad e incapacidad de las alas políticas más radicales de la pequeña burguesía a emanciparse por sí mismas del reformismo, traduce la posición "espontáneamente" dependiente de la pequeña burguesía en relación a la grande. Todos los defectos del pequeño burgués se hallan necesariamente en toda corriente que trata de *adaptarse* a ella. Para destruir la hegemonía del reformismo hay que conducir la crítica más inflexible de las corrientes pequeño-burguesas, denunciar todas sus inconsecuencias y capitulaciones, desollar sus utopías, criticar sus métodos cuando son desorganizadores e ineficaces en la lucha, y por sobre todas las cosas, en la del proletariado.

En modo particular, hay que desarrollar la crítica del "programa mínimo" de esta corriente, o sea, el de las medidas inmediatas de la revolución victoriosa, como también la crítica revolucionaria, *no pacifista*, de los principios de la lucha armada del PRT-ERP. Esta última deberá basarse en los escritos de Lenin: "Aventurerismo Revolucionario", "La guerra de guerrilla", "Ejército revolucionario y gobierno revolucionario", "Las enseñanzas de la insurrección de Moscú", "Informe sobre la revolución de 1905"; "El programa militar de la revolución proletaria", en los "Escritos militares" de Trotsky, y en los de la Izquierda italiana: "Partido y acción de clase" (33), "Contra el pacifismo" (34) y "Proyecto de programa de acción del Partido Comunista de Italia presentado al IV Congreso de la Internacional Comunista" (35). Para concluir, damos rápidamente aquí algunos elementos de esta última crítica.

Si nos limitamos a la lucha del proletariado, las acciones militares, la guerra de guerrilla, son no sólo inevitables sino también necesarias. La lucha de clases debe llegar hasta el enfrentamiento armado. Es utopismo pacifista y reaccionario creer que la lucha alcanzará su nivel militar el día X a la hora Y de la insurrección. La clase enemiga deberá defenderse necesariamente por la violencia de las armas antes de llegar a esa situación, tratando de golpear a las masas y a su vanguardia combatiente. Ello plantea el problema de la *autodefensa obrera*, de "oponer la fuerza a la fuerza, la organización a la organización, las armas a las armas", tal como lo indicaba el PC de Italia a los obreros ante la ofensiva fascista. Los choques armados son tan necesarios e inevitables como la lucha proletaria misma; el proletariado debe saber defenderse en todo su desarrollo, aun cuando no se trata de marchar hacia la conquista del poder. Ello supone incluso las represalias puntuales. Conciérne al partido de clase el tender a concentrar, a centralizar y a disciplinar potentemente la necesaria violencia armada que el proletariado

(33) Véase *Partido y Clase*, Ed. Programme.

(34) *Il Comunista*, 31.7.1921.

(35) Cf. *Programme Communiste*, n°67, julio-septiembre de 1975.

debe y está históricamente obligado a oponer a la violencia armada de la burguesía; sólo así las acciones militares podrán a cada paso integrarse eficazmente al combate obrero, reforzándolo en lugar de volverse un factor de desorganización.

Pero a la diferencia del PRT-ERP, esta autodefensa no se propone la constitución utópica de un Ejército Rojo antes de la conquista del poder y de la destrucción del Estado enemigo; no se trata de formar por su intermedio un Ejército cuyo accionar provocaría la derrota del Ejército actual y, con ella, la del Estado capitalista. El ejército burgués comprende soldados de todas las clases, agavillados y sometidos a las clases dominantes por medio del terrorismo ejercido por la jerarquía militar. La victoria de la insurrección es imposible sin el paso, *en los momentos decisivos*, de grandes masas de soldados - sobre todo proletarios - al campo revolucionario. La insurrección misma es fundamentalmente el aniquilamiento de los sectores de las FFAA que responderán aún "a sus mandos naturales", una vez que el proletariado, por medio de su lucha de masas, haya hecho tambalear al Estado, paralizando los centros nerviosos de las clases dominantes, y demostrando a los soldados, en los momentos del enfrentamiento supremo, su férrea voluntad de ir hasta el fin y arrancar la victoria. La descomposición del Ejército contrarrevolucionario, condición misma de la victoria insurreccional, resulta de la confluencia de las condiciones revolucionarias generales que no pueden dejar de repercutirse en las FFAA, de la lucha de las masas y del trabajo de propaganda, de agitación y de organización de los revolucionarios en su seno.

La organización militar *del Partido comunista*, que se ha forjado en todo el curso anterior de la lucha de clase, y el conjunto de los grupos comunistas en el seno del Ejército, han de organizar la insurrección, y constituirán los primeros lineamientos del futuro Ejército Rojo que el Estado proletario pondrá en pie una vez conquistado el poder.

Son estos principios generales los que aseguran la *eficacia real* a las acciones militares proletarias. Y son aquellos otros principios del PRT-ERP (que había reconocido virilmente la necesidad de la violencia) los que no sólo son factores de ineficacia desde el punto de vista del reforzamiento y defensa de la lucha del proletariado, sino también de *desorganización de la preparación revolucionaria*. Valga como ejemplo el hecho de que al hacer, *desde el inicio*, de la lucha armada contra el Ejército el alfa y el omega de la acción revolucionaria, el método privilegiado al que deben subordinarse todos los otros (en vez de subordinar la acción militar a las necesidades cambiantes y complejas de la lucha de masas) conduce a aislar de las filas proletarias a sus mejores elementos, los más decididos, enérgicos y sacrificados, *y a dejar así la vía más libre al oportunismo, al reformismo y a las burocracias peronistas en el seno de la clase obrera*. Como muestra basta un botón: búsquese en EL COMBATIENTE de estos años una orientación de principio, una línea de orientación táctica o un programa de acción a largo alcance en el plano sindical. Tiempo perdido. Se encontrarán, sí, "partes" de ataques a cuarteles y comunicados sobre la existencia de "territorios libres de América"...

La Argentina hoy, como ayer Italia, Alemania, EEUU, Finlandia, Hungría, China, España y tantos otros países, constituye el desmentido más tajante del pacifismo. Pero la verdadera auto-defensa obrera, con su inseparable autodefensa armada, está aún por construirse. Ello supone una firme orientación y dirección *comunistas*, y exige la reconstitución del Partido de clase.